

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SS

SERIE

SERVICIO SECRETO

¡ qué hermosa eres, muerte !

keith luger





SS **SERVICIO SECRETO**



KEITH LUGER

¡QUÉ HERMOSA ERES, MUERTE!

Colección **SERVICIO SECRETO** n.º 1.026

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 7.797 - 1970

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: abril, 1970

© **KEITH LUGER** - 1970

sobre la parte literaria

© **MANUEL BREA** - 1970

sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.160.— Un ovejero con agallas.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.018.— ¿A qué hora te mataron, Sharon Tate?

En Colección BUFALO:

858.— Jaleos en Pine Lake.

En Colección SALVAJE TEXAS:

711.— Un *sheriff* en vacaciones.

En Colección KANSAS:

597.— Tres hombres sin piedad.

En Colección BRAVO OESTE:

405.— Una rubia con zarpas.

En Colección PUNTO ROJO:

412.— Morir es un mal asunto.

En Colección CALIFORNIA:

695.— Un forastero en apuros.

En Colección ASES DEL OESTE:

565.— Territorio indio.

En Colección COLORADO:

610.— ¡Lucha por tu vida, gringo!

En Colección HEROES DE LA PRADERA:

10.— Nido de ratas.

CAPÍTULO PRIMERO

La pelirroja tenía unos remos sensacionales.

Yo habría ido remando con ellos hasta el fin del mundo.

Era mi cliente.

Yo le había conseguido pruebas de la infidelidad de su esposo. El tipo, un hipopótamo, no sabía lo que tenía en casa y el muy estúpido prefería la hierba del jardín ajeno. Eso le iba a costar un ojo de la cara porque, como ustedes saben, en mi país, Estados Unidos, un hombre que se divorcia es un hombre arruinado. Después de pagar la pensión alimenticia mensual a la ex mujer, solo le quedan unos dólares para tabaco. Y tengo amigos divorciados a quienes no les llega ni para eso.

—¿Cuáles son sus honorarios? —me preguntó la pelirroja.

—Ya se lo dije. Cien dólares diarios más los gastos. En total ochocientos.

—¿Prefiere un cheque o en efectivo? —dijo con una caída de pestañas y luego agregó—: El efectivo se lo pagaré esta noche... en mi casa.

No me gustan los líos con mis clientes. Ya tiene uno bastantes sin ellos. Y la pelirroja era caprichosa. No, palabra que no era una santa.

—Prefiero el cheque —dije y necesité mucho valor para decirlo.

Ella hizo un mohín como si me contestase: “No sabía que fuese usted tan bobito”.

Pero ya estaba dicho y se levantó del sillón. Llevaba una minifalda que era un primor, de modo que, continué admirando sus sensacionales remos.

—Como usted quiera, señor Kenton —sacó su talonario y me firmó el cheque sobre la mesa.

Me lo dio como se daría una limosna a un pobre.

—Hasta la vista, señor Kenton.

—Que disfrute de su divorcio.

—Lo voy a pasar bomba. Pero no se divertirá mi marido porque lo voy a dejar en la mitad.

El hipopótamo pesaba cien kilos y me lo imaginé pesando cincuenta y recogiendo por la calle puntas de cigarrillos. Pero él había tenido la culpa por ser infiel.

Muchachos, no sean infieles a su mujer y, si lo son, cuidado con los detectives privados como Ray Kenton.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras de la pelirroja, eché una

ojeada al talón. Me había ganado el potaje para aquel mes.

La puerta se abrió bruscamente y entró mi secretaria.

—¡Mi dinero, jefe!... ¡Mi dinero!

—¿Qué...? ¿Cómo?

—No te hagas el tonto, Ray. Acabas de cobrar. ¡Escupe los tres sueldos que me debes!

Adiós mi potaje para aquel mes. Allí estaba mi secretaria. ¿He dicho secretaria? Era una fiera.

Sí, una fiera de veinticuatro años, rubia, ojos verdes, y un par de zarpas.

—Sin avasallar, amor. Sin avasallar —le dije.

—¡No lo intentes!... ¡No lo intentes otra vez!

—¿Qué es lo que no tengo que intentar?

—Pagarme con una cena a la luz de la luna y media docena de besos. Eso se acabó... ¡Dinero es lo que yo quiero! ¡Dinero!

—Peggy, ¿por qué eres así? ¿Por qué, con un jefe tan comprensivo como yo?

—Sí, un jefe como tú, que se pega la gran vida...

—Mi vida es la de un gusano.

—¡No llores, Ray...! ¡No llores!

Dio la vuelta a la mesa y vino hacia mí como un infante de marina dispuesto a tomar al asalto una posición enemiga.

Aproveché su viaje, la cogí del brazo y tiré de ella.

Peggy cayó sentada en mis piernas y, cuando estaba gritando, le di un beso.

—Peggy, amor mío.

La besé otra vez antes de que protestase.

—Te invito a cenar, Peggy.

—¡Y un cuerno!

La besé otra vez.

—Esta noche hay luna llena, Peggy. No podemos desaprovecharla.

—¡Dinero!... ¡Es lo que yo quiero...! ¡Dinero!

—Vil metal. Olvídalo.

—¡No! ¡Y mil veces no!

Yo había cometido un error. Había dejado el talón sobre la mesa. Peggy lo atrapó y saltó de mis rodillas lanzando un grito comanche.

—¡Es mío!... ¡Es mío!

—Peggy, que tengo que comer.

—Pues vas a tragar aire.

—No, Peggy, tú no harás eso conmigo.

—Claro que lo haré.

—Tú no dejarás que yo pase hambre.

—Llégate a mi casa de vez en cuando. Siempre tendré un mendrugo para ti.

Lo dijo como una mala actriz de un viejo melodrama.

Entonces me maldije por no haberle pedido a la pelirroja que hiciese el talón a mi nombre. Lo había hecho al portador. Y ahora el portador no era yo, sino la fiera de mi secretaria.

Pegué un salto de la silla y corrí hacia Peggy. La enlacé por la cintura.

—Nena, ¿te he dicho que tienes los ojos más hermosos del mundo?

—Sí, me lo has dicho.

—¿La boca más cautivadora?

—Me lo has dicho.

—¿La naricilla más atrevida?

—También.

—Entonces solo me falta agregar que en lugar de corazón tienes un pedrusco!

—¡Ja!

—¿Qué quiere decir ja?

—Que me río de todas tus palabras, jefe.

—Llegaré a un acuerdo contigo. Son ochocientos dólares. Lo partiremos. La mitad para ti y la otra mitad para mí.

—Me debes novecientos pavos, jefe. Ni siquiera el importe de este talón cubre lo que me adeudas.

La besé otra vez. Era mi último intento por conmovérla.

En eso sonó el teléfono, cuando iba a empezar a poner en marcha el segundo acto de la comedia, con el único objeto de conseguir de Peggy un centenar de dólares.

—Jefe, deja el besuqueo. El teléfono está sonando.

—Debe ser un acreedor.

—¿Y si fuese un cliente?

—No puede ser.

—¿Por qué no?

—Porque ya no nos toca otro hasta el mes que viene.

—Gracias por recordármelo. No tendrás un solo dólar.

Me maldije a mí mismo por mi falta de tacto. Le había preparado una trampa a Peggy, pero la trampa se había cerrado sobre mí. Uno tiene la lengua demasiado larga. Busqué unas tijeras para cortármela.

Pero el teléfono seguía sonando y decidí saber quién era el bastardo que había interrumpido mi interpretación.

—¡Ray Kenton! —ladré por el tubo.

—Que no estoy sorda —me contestó una voz de mujer.

—¿Quién es usted?

—Joan Robinson.

—¿Y qué quiere?

—Concertar una cita con usted, señor Kenton.

—¿Una cita para qué, cariño?

—No me llamo cariño. Le he dicho que soy Joan Robinson. Trabajo para Richard Britton. Soy su secretaria.

—¿Britton? ¿Qué Britton?

—El productor de cine.

Era lo que me había parecido, pero podía haber muchos Richard Britton.

—Continúe, señorita Robinson.

—El señor Britton quiere hablar con usted.

—¿Acerca de qué?

—El señor Britton lo necesita para que le haga un trabajo profesional.

—¿Qué clase de trabajo?

—Ya se lo dirá él mismo. Ha de estar aquí a las tres.

—Eh, un momento. No sé si podré. Tengo mucho trabajo.

Uno tiene que darse importancia, incluso con tipos como Britton, un productor que había ganado con sus películas nueve Oscar de la Academia de Hollywood.

—Muy bien. Buscaré a otro —replicó la señorita Robinson.

—Ahora que lo pienso, creo que podré estar ahí a las tres —le contesté con la velocidad de un supersónico.

—Ya lo suponía.

—Con que es una sabelotodo, ¿eh?

—Señor Kenton, dejemos las cuestiones personales. Esté aquí a las tres. Adiós.

—Eh, no me dijo dónde.

—En la casa del señor Britton, Sunset Boulevard, 333.

Luego colgó.

Miré a Peggy.

—Es Britton, el productor de cine. Me va a contratar.

—Enhorabuena, jefe.

—Necesito dinero.

—Ni hablar.

—Peggy, solo tengo dos dólares en el bolsillo y necesito echar gasolina al tanque.

—Hay autobuses. Con invertir unos centavos llegarás.

—Peggy, por lo que más quieras. Si el señor Britton se entera de que no tengo un cochino dólar, pensará que no soy el hombre que le conviene.

—Muy bien. Te daré cien dólares.

—¿Cien dólares? —me salió un hermoso gallo.

—Ni uno más.

—Está bien. Dame el talón y yo iré a cobrarlo.

—Ni hablar. Iremos los dos.

Y fuimos los dos, y ella me dio los cien dólares, y yo pude echar gasolina en mi tanque y ponerme en camino hacia el lugar donde tenía una cita con la muerte. Pero entonces no lo sabía.

CAPÍTULO II

Le dije a un criado quién era yo y me hizo entrar en la casa.

Bueno, aquello no era una casa. Era un palacio con grandes arañas pendientes del techo, con una escalera central que se abría en dos brazos, las paredes con cuadros de Picasso, de Matisse, de Renoir...

—Por favor, sígame —dijo el criado.

Me llevó a un gran salón-biblioteca.

Allí había una joven de espaldas, manejando unos papeles.

El criado me había anunciado, pero ella se había quedado como si le hubiesen dicho que era el fontanero.

Llevaba una minifalda y lo que mostraba era de primera calidad.

—Tiene usted unas piernas muy bonitas —dije cuando el criado hubo salido.

—Frío —me contestó sin volverse.

—Y sus caderas tampoco están mal.

—Frío.

—Que se cree usted eso.

Ella se volvió bruscamente. Llevaba gafas, pero era una monería. Sus ojos azules eran dos armas que escupían el rayo láser.

—Soy un tipo muy duro —le dije—. No me hará polvo.

—Yo sé lo que es usted.

—¿Ah, sí?

—Un bocazas.

—Me lo han dicho algunos.

—Pues yo estoy de acuerdo con ellos.

—Pero nunca me lo dijo una mujer.

—Celebro ser yo la primera.

—Pues yo le voy a decir lo que es usted. Una tontita.

—¿Qué?

—Una creidilla. Apuesto a que, cuando un hombre se le arrima para decirle palabritas de amor, usted pone en marcha su mecanismo y le salen pinchos por todas partes.

—¿Pinchos?

—Como los cactus, tontita.

Las aletas de su nariz palpitaron, agitáronse sus senos, cerró los puños y por fin pudo decir:

—¡Bruto!

—Por fin me ha identificado —le contesté haciendo una reverencia

versallesca.

—Señor Kenton, si de mí dependiese, ahora mismo lo echaría a la calle.

—¿Y por qué no me echa?

—Porque mi jefe quiere que sea usted quien se encargue del caso.

—¿Y cuál es el caso?

—El mismo se lo dirá.

—¿Cuándo?

—Le avisaré que usted ha llegado.

Se abrió la puerta y una voz potente y autoritaria dijo:

—No hace falta, Joan. Ya estoy aquí.

El gran Richard Britton entró sentado en una silla de inválido, moviendo las ruedas. Frisaba los cincuenta años y tenía el cabello blanco, la cara bien rasurada, una cara con dos ojos que parecían trozos de chocolate.

Me alargó la mano.

—Celebro conocerlo, señor Kenton.

—Lo mismo digo.

—Entraremos enseguida en materia, señor Kenton.

—Como usted quiera.

—Mi mujer ha recibido dos anónimos amenazándola de muerte. Enséñelos, señorita Robinson.

Joan me alargó dos papeles corrientes. Ambos estaban escritos con letras recortadas de un diario. Leí el primero:

“Judy, te queda muy poco de vida. Te voy a hacer pagar el mal que has hecho. Estás muerta, muchacha. Completamente muerta. Te lo juro”.

Eso era todo. Leí el segundo anónimo que decía así:

“Judy, te libraste esta vez pero no te librarás la próxima. Estás muerta, muchacha. Completamente muerta. Te lo juro”.

Miré a Richard Britton.

—¿Cuándo se recibió el primer anónimo?

—Hace exactamente cinco días.

—¿Y el segundo?

—Hoy.

—¿Qué pasó entre el primero y el segundo?

—Mi mujer sufrió un accidente.

—¿Cuándo?

—Hace dos días.

—¿Qué clase de accidente?

—Le fallaron los frenos del coche y faltó poco para que se matase. Judy logró meter el auto por entre dos rocas y pudo llegar hasta un prado.

—¿Viajaba sola?

—Sí.

—¿Dónde ocurrió eso?

—Judy había ido a dar un paseo al Monte Vermont. Muchas veces va allí.

—¿Y qué hay en el Monte Vermont?

—Una residencia de pintores. A Judy le gusta mucho el arte. Tiene amigos en la residencia. Está un par de horas con ellos y luego vuelve a la ciudad.

—Así que le debieron estropear los frenos mientras ella estaba con los pintores.

—Sí, de eso no hay ninguna duda.

Di unos pasos por la estancia. La mujer de Britton era Judy Welles, una de las estrellas más famosas de la pantalla. En la plenitud de su belleza y de su arte, solo rodaba una película cuando le interesaba el argumento o su papel. Se podía permitir el lujo, porque había ganado mucho dinero y porque estaba casada con Richard Britton.

—Quiero hablar con su mujer.

—Lo hará ahora. Se estaba duchando cuando usted llegó. No tardará en bajar. ¿Quiere entretanto un *whisky*?

—Sí, gracias.

Dirigió una mirada a Joan y eso bastó para que la secretaria me diese el *whisky*.

La puerta se abrió nuevamente y entró Judy Welles.

Yo la había visto muchas veces en la pantalla, pero en persona resultaba mucho más hermosa. Su cabello era negro, los ojos azules, la nariz recta, la boca de labios sensuales. Solo era un par de pulgadas más baja que yo. Y yo soy un tipo alto. Era una mujer del siglo Veintiuno, como habían dicho los tipos del Departamento de Publicidad de su esposo.

—Es Ray Kenton, querida.

—¿Cómo está, señor Kenton?

Me alargó su mano y yo la estreché.

Creo que me proyectó una corriente de unos trescientos mil voltios y estuve a punto de gritar. Pero no habría sido correcto. De modo que soporté el achicharramiento.

—Debe tener muchos enemigos, señora Britton —dije mientras me enfriaba.

—Por favor, llámeme Judy.

—De acuerdo, Judy. ¿Puede contestar a mi pregunta?

—No tengo ningún enemigo en especial, si es a eso a lo que se refiere.

Sacó un paquete de cigarrillos y un encendedor de oro. Después de prender el cigarrillo, arrojó dos chorritos de humo por la nariz y dijo:

—He subido gracias a mis méritos. Pero eso nadie está dispuesto a reconocerlo. ¿Conoce el mundo del espectáculo?

—Sí, tengo algunos amigos artistas.

—Entonces sabrá que el camino hasta la cumbre es muy duro. Que la envidia y el odio están a la orden del día entre nosotros, los que actuamos sobre un escenario o sobre un plató de un estudio cinematográfico.

—Me hago cargo. ¿Estuvo antes casada?

—Una vez.

—¿Con quién?

—Creí que conocía mi biografía.

—Perdone, pero no me gusta el chismorreo cinematográfico.

Richard Britton intervino:

—Señor Kenton, le ruego sea más correcto con mí mujer.

—Lo siento, señor Britton, pero estoy haciendo mi trabajo.

—Lo puede hacer con corrección.

—Lo haré a mi manera.

—¿Cómo?

—A mi manera, señor Britton. O se busca otro sabueso.

El rostro de Britton se crispó.

—¡Fuera!

—No, Ray.

Era la hermosa Judy la que había dicho aquellas palabras.

Su marido fue a replicar pero ella le puso una mano en el hombro.

—Continuemos, señor Kenton. Me preguntó por mi primer marido.

—Sí.

—Fue Buster Temple, un actor muy conocido hace diez años.

—Sí, recuerdo algunas de sus interpretaciones, pero ya hace tiempo que no trabaja.

—Cuatro años.

—¿Qué pasó con él?

—Se alcoholizó.

—¿Dónde está?

—No lo sé.

—Entonces ha podido ser él quién le envió los anónimos.

—No, no creo que haya sido Buster Temple.

—¿Por qué no?

—Era un buen hombre.

—Todos somos buenos hasta que dejamos de serlo. Dígame, Judy, ¿por qué Buster se dedicó a la bebida?

—Por celos.

—¿Artísticos o amorosos?

Britton fue a protestar pero la mano de Judy, que continuaba en su hombro, lo silenció.

—Yo creo que fueron celos artísticos y amorosos... Cuando me casé con Buster, él estaba en lo más alto, y yo acababa de iniciar mi carrera. Logré una buena interpretación con “El demonio y la carne”. Buster era coprotagonista conmigo en esa película... Los críticos dijeron que él no había estado muy acertado en su labor. Yo empecé a ser agasajada. Me requerían de todas partes, fiestas, homenajes, club de fanes... Buster no pudo resistir eso. Fue cuando empezó a beber. Yo traté de que no siguiese ese camino...

—Querida —dijo Britton—. ¿Hace falta que des esos detalles?

—Creo que el señor Kenton se interesa por mi pasado.

—Sí, Judy —le contesté—. ¿Cuánto tiempo estuvo casada con Buster Temple?

—Solo dieciocho meses.

—¿En qué forma se separaron?

—Los dos consentimos el divorcio. Fue una separación absolutamente amistosa. Renuncié a la pensión alimenticia... Buster Temple no tenía un centavo.

—¿No había ganado mucho dinero con el cine?

—Sí, lo ganó pero lo perdió.

—¿Y cómo lo perdió?

—Era muy aficionado a apostar y no tenía suerte.

—¿Qué pasó después entre ustedes?

—Nada, de vez en cuando nos veíamos en algún club y nos saludábamos. Éramos como dos buenos amigos.

—¿Y qué pasó con la carrera de Buster?

—Se acabó de la noche a la mañana. Los estudios ya no querían contratarle. Hizo algunos papeles para la televisión, ya sabe, como artista invitado en telefilms de serie. Pero también eso se le terminó.

—¿Y luego?

—Luego se marchó de Hollywood. Quiero decir que desapareció como si se le hubiese tragado la tierra.

—¿Cuándo desapareció?

—Hace unos tres años.

—¿No sabe nada de él?

—Absolutamente nada.

Richard Britton habló otra vez.

—He querido conocer el paradero de Buster Temple y di órdenes para que se le buscara pero, hasta ahora, los resultados han sido negativos.

—Bien, Judy. Tuvo dos maridos. Buster Temple y Richard Britton. ¿Qué me dice de otros hombres?

Britton empezó a levantar una mano, pero la dejó caer sin contestar porque su mujer le había proyectado su descarga de alto voltaje para imponerle silencio. Luego ella dijo:

—Si no le gusta el chismorre cinematográfico, no sabe que estuve a punto de casarme con dos hombres de la profesión.

—¿Quiénes fueron esos dos hombres?

—Después de divorciarme de Buster, me iba a casar con Harry Walker, el director.

Harry Walker había ganado un Oscar. Era un gran director cinematográfico, uno de los mejores de la escuela de Nueva York, un tipo independiente que, con un puñado de dólares, había hecho una obra de arte, “El sótano”.

—¿Por qué no se casó con él, Judy?

—Harry tenía un carácter muy agrio. Lo supe a tiempo.

—¿Estaba enamorado él de usted?

—Sí, o al menos eso era lo que me decía.

—Entonces fue usted la que deshizo el compromiso.

—Sí.

—¿Y cómo lo tomó Harry Walker?

—Al principio muy mal. Pero luego se conformó. Harry se casó después con una actriz alemana, con Elke Ritter... Continúan juntos y parece que son felices.

—¿Y qué tal se lleva usted con Harry Walker?

—Siempre me he llevado bien. Me ha dirigido en dos películas durante los últimos seis años.

—¿Cuál fue el otro hombre con el que estuvo a punto de casarse?

—James Landon.

—No he oído hablar de él.

—Es un guionista. Tiene talento. Quiere escribir para el teatro. Es un rebelde. Pero ha fracasado dos veces en su intento de conquistar Broadway. Ahora ha sido contratado de nuevo por la productora con la que trabajo. Está escribiendo el guion de mi próxima película.

—¿Y por qué no se casó con James Landon?

—Me di cuenta a tiempo de que iba a cometer un error.

—¿Por qué?

—Landon es un introvertido. Un hombre todo cerebro. Le gusta leer y pensar... Landon estaba enamorado de mí, pero yo no lo estaba de él. Más que nada, se trataba de un matrimonio fabricado por el Departamento de Publicidad. Admito que Landon me atraía pero solo por un tiempo determinado. Luego me cansaba. Me imaginé mi vida a su lado, oyéndole todo el tiempo frases profundas, supuestamente ingeniosas. Tuve que armarme de valor, pero le dije al señor Murray que no me casaría con Landon.

—De modo que se lo dijo al señor Murray.

—Sí, Sídney Murray. Es el jefe del Departamento de Publicidad de los estudios.

—¿Y qué le dijo él?

—Insistió en que debía casarme con Landon, que me interesaba para mi carrera. Para el señor Murray, mi matrimonio con Landon podría durar un año, y sería un tiempo muy bueno para conseguir los propósitos que él se había trazado. Bueno, me falta decir que Landon había escrito un libro sobre la juventud. Tuvo mucho éxito.

—¿Qué clase de libro escribió Landon?

—*Las flores del amor*. Su argumento transcurre entre los “hippies”. Pero el libro no solo había gustado a los “hippies”, sino a otros amplios sectores del país. Luego ha sido traducido a cinco idiomas. Pero Murray no se salió con la suya. Me negué a que el Departamento de Publicidad intentase guiar mi vida, y logré que el presidente de los estudios se pusiese de mi parte. Murray tuvo que conformarse con renunciar a esa clase de publicidad.

—¿Sigue siendo Murray el jefe del Departamento de Publicidad?

—Sí.

—Supongo que él quedaría muy contrariado por aquel incidente. Usted lo puso en evidencia ante sus jefes.

—Pero no creo que Murray me haya mandado los anónimos.

Britton sacudió la mano y esta vez Judy no pudo evitar que hablase.

—Quíteselo de la cabeza, señor Kenton. Murray no le ha mandado esos anónimos a mi mujer.

—¿Por qué está tan seguro?

—Porque no ganaría nada con eso. Ni con la muerte de Judy, naturalmente.

—Bien, pasemos de nuevo a Landon. ¿Cómo encajó que usted renunciase a casarse con él?

—Se curó con un viaje a Europa.

—Así que hizo un viaje a Europa para olvidarla.

—Sí.

—¿Y usted dice que volvió curado?

—Sí.

—¿Y si continuase enfermo? ¿Y si él la siguiese queriendo?

—Oh, no.

—Usted ha dicho que Landon es un tipo introvertido, que es tanto como decir de cerebro tortuoso.

—Sí, lo es.

—Entonces ha podido escribir los anónimos.

—Eso supondría que también intentó matarme.

—Exacto.

—Se equivoca —lo dijo muy débilmente.

Britton había fruncido el ceño y miraba sus zapatos.

—¿Qué dice usted, señor Britton? —le pregunté.

—Podría ser.

—Lo cual quiere decir que usted ha pensado en Landon antes de que yo viniese.

—Admito que he pensado en Landon como el autor de los anónimos.

—Richard, ¿por qué no me lo dijiste? —exclamó Judy.

—No quería inquietarte, querida. Y por otra parte, no tengo ninguna prueba. Me ha pasado lo mismo que al señor Kenton. Pensé en Landon por pura deducción.

Judy aplastó el cigarrillo en el cenicero.

—Investigaré a Landon —dije.

—Sea discreto, señor Kenton.

—Lo seré mientras pueda. ¿Qué le pasó, señor Britton?

—¿Cómo?

—¿Qué le pasó para estar en esa silla de ruedas?

—Me caí del caballo hace ocho meses. Tiene usted razón. Ignora muchas cosas con respecto a la gente del cine. La noticia circuló mucho en la Prensa...

—¿Cuáles fueron las consecuencias de su caída?

—Sufrí una lesión importante en la columna vertebral. Fui internado en un hospital, donde he permanecido cuatro meses.

—¿Tendrá curación?

—No.

—Lo siento.

Doblé los anónimos para guardarlos en el bolsillo.

—¿Se queda usted con eso? —preguntó Judy.

—Los necesito, y también necesito varias direcciones. La de Harry Walker, la de James Landon...

—Mi secretaria se las dará mientras lo acompaña hacia la puerta —

dijo Britton.

—Me pondré en contacto con ustedes tan pronto como pueda.

—Un momento, señor Kenton.

—Diga.

—Lo he elegido a usted porque no quise que la policía interviniese.

—Me hago cargo.

—Esto no debe transcender al público.

—Lo tendré en cuenta. Pero, dígame señor Britton, ¿por qué me eligió precisamente a mí?

—Tenemos un amigo común y él me habló muy bien de usted.

—¿Quién es él?

—Rock Martin.

Rock Martin era un viejo actor del cine mudo. Debía tener ya los setenta y cinco años. De cuando en cuando, me lo encontraba en el bar de Joe, en donde yo recalaba algunas veces. Bebíamos una copa juntos y él me contaba historias que yo escuchaba con agrado. Pero sus historias no tenían nada que ver con la gente que ahora había en el cine.

Me despedí de Judy y de Britton, y la bella Joan Robinson vino conmigo.

Nos detuvimos en el vestíbulo.

—No sé cómo lo consiguió —dijo ella.

—¿El qué?

—Que el señor Britton lo soportase.

—¿No le resulto ahora más simpático?

—Ni pizca, señor Kenton.

—Pues me voy a morir de dolor.

—Por mí puede morirse cuando quiera.

—Trataré de no darle gusto.

—¿Dejamos ya este duelo personal y le doy las direcciones?

—Cuando quiera.

Me dio la dirección de James Landon y la de Harry Walker. La de Buster Temple no podía pedírsela porque nadie sabía dónde se encontraba el alcohólico.

Después de escribir en mi cuaderno de notas, le guiñé un ojo.

—No sueñe demasiado conmigo, monada.

Sus mejillas enrojecieron.

—Si yo soñase con usted, me estrangularía con una media.

—Entonces, no ponga esta noche las medias muy cerca de su mano, dulzura.

Antes de que ella pudiese replicar, yo había salido de la residencia de los Britton.

CAPÍTULO III

A algunas personas les parezco tonto. Eso también le pasará a usted, hermano. Sobre todo, con alguno de sus parientes. Creen que usted es el tonto de la familia. Pero usted es tan listo como yo. Al infierno con los parientes.

No, no me fui en busca de James Landon. Me fui al Monte Vermont.

La residencia de los pintores era un hermoso edificio, con su estacionamiento y su jardín de césped bien cuidado.

Salté del coche y vi que una mujer estaba pintando. Me acerqué a ella. Era un joven rubia, bonita, de unos veinticuatro años. Se cubría con un short y con una blusa cuyos picos anudaba en el estómago. Su carne era del color de la miel.

Miré el cuadro. Eran manchurrone.

—No espero que le guste —me dijo con insolencia, sin volverse.

—Pinta usted muy bien los huevos fritos.

Entonces se volvió.

—¿Qué es lo que ha dicho?

—Huevos fritos. Pero a mí me gustan con jamón.

—Ignorante.

Miré el cuadro fijamente.

—Oh, perdón, veo que no se trata de huevos fritos.

—¿Y qué le parece ahora?

—La salida del Metro en una hora punta.

—Monstruo.

—Me doy por vencido. ¿Qué es?

—Estoy pintando las tres palmeras que hay al fondo.

Me quedé con la boca abierta. En el lienzo solo vi lo de antes manchurrone, aunque eran muy bonitos, rojos azules, verdes...

—Entonces le faltó algo, encanto.

—¿Qué cosa?

—Los cocos.

—¿Qué cocos ni qué niño muerto?

—Bueno, puesto a hacerlo difícil, pudo incluir al niño muerto.

—¿Me quiere hacer un favor?

—Enseguida, encanto.

—¡Vaya a comerse sus huevos con jamón!

—Lo haría ahora mismo si usted me acompañase.

—¿Me está invitando a almorzar?

—Caramba, usted es inteligente.

—¿Cree que voy a aceptar?

—No.

—Pues se equivoca. Acepto.

Me eché a reír mientras ella dejaba sus utensilios en la caja.

—Vamos —me dijo.

—¿Lo va a dejar todo ahí?

—No se preocupe. Nadie se llevará mi cuadro. Las demás personas que integran el mundo son como usted.

Miran el lienzo y dicen: “Huevos fritos”. O cualquier otra tontería —me tendió la mano—. Soy Maureen Morgan.

—Ray Kenton.

—Vamos a por el pienso, Ray —me tuteó.

—Trato hecho, Maureen.

Los dos sonreímos.

Me llevé a un restaurante que había en el mismo edificio.

Tomamos posesión de una mesa y encargamos el almuerzo.

Saqué cigarrillos y encendimos.

Maureen me observó atentamente por entre una nubecilla de humo.

—¿De qué color son tus ojos, Ray?

—Dicen que a veces son verdes. Otras son dorados. Y en ciertas ocasiones llamean y entonces parecen rojos... Un buen arcó iris. ¿Tú cómo los ves?

—Son los mismos ojos de Mefistófeles.

—Gracias por compararme con el diablo.

—Pintaría tus ojos.

—Quizá te dé una oportunidad.

—¿Cuándo?

—Una noche de estas.

—Granuja —me sonrió enseñándome la puntita de la lengua.

—Eso me recuerda que estoy buscando a otro granuja, Maureen.

—¿A quién?

—Al amiguito de Judy Welles.

Dio una chupada al cigarrillo y me arrojó el humo a la cara.

—Con que eres un sabueso.

—¿En qué lo notaste?

—En el collar.

—¿Quién es el amiguito?

—Ponte el bozal.

—Oye, Maureen, creo que te vas a quedar sin tu modelo. Si quieres pintar los ojos del diablo, tendrás que llamar al propio Mefistófeles.

—Se llama Tom Grey.

—Háblame de él.

—Treinta y cinco años, alto, rubio, varonil.

—Eh, muchacha, que voy a coger un complejo de inferioridad.

—Tú tampoco estás nada mal.

—Pero apuesto a que prefieres a Tom Grey, como Judy Welles. Ella encogió los hombros.

—No es mi tipo. Me gustan como tú, con la cara muy dura.

—¿Y no la tiene bastante dura Tom Grey?

—No lo sé.

—¿Desde cuándo se ven Judy y Tom Grey?

—Judy empezó a venir aquí hace como un par de meses. Pero no tiene nada de malo. Al fin y al cabo, la chica se interesa por el arte.

—Oh, sí, todos somos muy artísticos en ciertos momentos de la vida.

Nos trajeron el almuerzo y movimos los dientes.

Para terminar, pedimos café y encendimos cigarrillos.

—¿Cuál es el apartamento de Tom Grey, Maureen?

—¿Vas a ir a verlo?

—No tengo más remedio. Me pagan para eso.

—Con que estás metido en el basurero de los divorcios.

—Un investigador privado no puede elegir a sus clientes.

—Pues ten cuidado con Tom Grey.

—¿Por qué?

—Hace mucha gimnasia, y hasta le he visto manejar los guantes de boxeo en su terraza.

—Entonces yo le serviré hoy de entrenamiento.

—¿Por qué no me dejas que te pinte los ojos antes de que te los hinche?

Pagué la nota y pellizqué una mejilla de Maureen.

—Si me los hinchas, te podrán servir para una puesta de sol.

—Como tú quieras, víctima. Apartamento 83.

Le hice un saludo con la mano y me fui en busca de Tom Grey.

Apreté un timbre y me abrió el rubio, guapo y varonil.

Me pasaba dos pulgadas. Eso lo consideraré como un insulto personal.

—Pero qué alto es usted —dije.

—¿Qué es lo que vende?

—Zancos para los muchachitos bajos.

—Váyase al cuerno. Yo no los necesito.

Fue a cerrarme la puerta en las narices pero se lo impedí con la mano.

—También vendo otras cosas.

—No me interesan.

—Prendas íntimas femeninas para actrices de categoría. Mi lema es: “Regale un “picardía” a tiempo y ahorrará dinero”.

Me miró como si yo fuese un bicho recién llegado de un planeta desconocido.

—Lárguese, matón.

Me pegó un puntapié en la espinilla el muy bastardo.

Lancé un chillido pero no quité la mano de la puerta y cargué sobre ella con el hombro.

Tom Grey retrocedió tambaleándose.

Yo estaba dentro del apartamento y solo tuve que cerrar la puerta.

Grey me miró con asombro.

—Te voy a aplastar, microbio.

—Pues vete a buscar el D.D.T.

—Este es mi D.D.T. —dijo y me enseñó un puño como una calabaza.

Se dirigió hacia mí y yo estuve quieto hasta el último segundo. Salté en el momento justo y el puño se estrelló contra la pared.

El rubio, alto y varonil se puso a nombrar a mi madre.

Le pegué con el puño cerrado en la boca porque madre no hay más que una.

El tipo se derrumbó en el sillón escupiendo sangre.

—Maldito, no te vayas —gimió.

—No, si no me voy. Todavía te voy a dejar sin orejas.

Me miró con asombro.

—Pero, ¿qué es lo que quieres?

—Vine solo a hablar amistosamente.

—¿Qué?

—Soy muy amigo de los artistas. A todos los respeto, pero también me gusta que me respeten a mí. Anda, escupe ese cuajo de sangre y seamos amigos. Esta es mi mano.

Hizo rechinar los dientes y noté que uno de ellos estaba muy flojo.

—Voy a llamar a la policía —dijo.

Eso me recordó a mi vecinito cuando yo le zumbaba porque no me quería dejar su pelota y él me soltaba: “Se lo voy a decir a mi padre”. Y yo le contestaba a mi vecinito: “Intenta decírselo a tu padre y te deshago las narices”.

Entonces yo le dije al alto, rubio y varonil:

—Coge ese teléfono y te lo tragas.

No lo cogió.

—Maldita sea, ¿quién eres?

—Ray Kenton, investigador privado.

—¿Qué vienes a investigar aquí?

—Te diré las palabras mágicas, espejito. Judy Welles.

—Judy es mi amiga. ¿Y qué?

—Una amiga algo particular.

—No seas sucio.

—Me pego dos duchas todos los días y las chicas me dicen que huelo como un clavel. Y se acabó la discusión sobre limpieza y floricultura. El otro día, mientras Judy estaba contigo, alguien le rompió los frenos del coche.

—Sí, me lo dijo por teléfono.

—Faltó poco para que se matase.

—Yo estuve todo el rato aquí con ella. ¿Qué es lo que piensas, sabueso?

—Poco a poco, rubio. Yo soy el que hace las preguntas.

—¡Pues pregunta de una vez por todas y lárgate!

—¿Desde cuándo le dio a Judy por el arte y a ti por las artistas de cine?

—No contestaré.

—Te voy a romper dos incisivos y entonces no serás tan atractivo para las mujeres, rubio.

—Nos enamoramos.

—Oh, sí, Cupido, el sonrosado Cupido, os hizo una de las suyas. Disparó sus flechitas y vuestros corazones quedaron sangrientos.

—Eres ridículo.

—He preguntado cuánto dura lo vuestro.

—Seis semanas.

—¿Quién lo sabe?

—Nadie.

—Eres un estúpido, rubio. Lo saben aquí, en este mismo edificio, y eso quiere decir que lo puede saber cualquier persona que viva en Los Ángeles, en Nueva York o en Tokio.

—Yo no se lo dije a nadie.

—Pero las personas tienen ojos.

Se estaba restañando la sangre con el pañuelo.

Le apunté con la mano extendida.

—¿Qué otras chicas tienes en tu harén?

—¿Harén? ¿Qué harén?

—No te hagas el tonto. Según ellas, eres un tipo irresistible. Debe haber alguien más, aparte de Judy.

—No hay ninguna.

—Oh, sí, tú solo vives para Judy Welles.

—Así es.

—¿Crees que soy idiota? Tú eres un vividor. Solo te interesa esa mujer por su fortuna, aunque admito que, en este caso, ella agrega mucha belleza.

—Maldito, ¿por qué me hablas así? Yo no soy de esa clase de tipos.

—Anda, dime que eres un pintor que vende los cuadros como Picasso.

—No te lo puedo decir porque no sería verdad. Pero los vendo bien.

—¿Y quiénes son tus clientes?

—Tengo un tratante en Nueva York.

—¿Cómo se llama?

—Max Addison.

—¿Y cuántos cuadros te vende? ¿Uno cada cinco años?

—Eres muy sarcástico, sabueso.

—¡Responde!

—Este año saqué más de quince mil dólares por mis cuadros. Y eso es bastante para que yo pueda vivir como vivo, sin necesidad de que una mujer me tenga que sacar de un apuro.

—Volvamos a las otras chicas. Dime quién era la favorita antes de que conocieses a Judy.

—Betty Perkins.

—¿Quién es?

—Una modelo.

—¿Y dónde trabaja?

—Con un modisto llamado Jack Harrison.

—¿Ya terminaste con ella?

—Claro que terminé con ella.

—¿Se conformó Betty con el licenciamiento?

—No tuvo más remedio.

—Eso quiere decir que la chica no quedó demasiado feliz.

—Es posible.

—Te voy a enseñar algo y esto es confidencial, Tom. Sí dices por ahí algo, te la ganas.

Le tiré los dos anónimos sobre la mesa.

Tom Grey se puso a leerlos.

—Ya lo sabía —gruñó—. Judy me los leyó por teléfono.

—Entonces debiste imaginar hace un rato porque hice este viaje.

—Sí.

—¿Por qué no te referiste a ellos?

—Porque podía ser otro el motivo. Tú podías venir aquí porque el señor Britton te había encargado que investigases los pasos de su mujer.

—Pues ya ves que no se trata de lo que la yegua pueda hacer fuera de su establo.

Me devolvió los anónimos.

—Para mí está claro quién los escribió.

—¿Quién?

—Alguien que está en el cine. Hay mucha gentuza en esa profesión... Algún resentido que odia a Judy... Es por dónde debes dirigir tus pasos.

—¿Y Betty Perkins?

—¿Eh?

—La modelo. También ella pudo quedar resentida porque tú la despachaste.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no.

—¡Dame razones!

Tom Grey ya había dejado de echar sangre por la boca. Se guardó el pañuelo.

—Betty conoce las reglas del juego... Quiero decir que una chica como ella, que ha trabajado con firmas publicitarias para ser retratada, que ha conocido a muchos hombres, que ha tenido que pasar hambre, no es precisamente un cofre lleno de virtudes.

—No estamos hablando de virtudes. Cuando una persona quiere matar, lo hace por un motivo. Por odio. Y cualquier ser humano puede ser capaz de odiar hasta eso. Cualquiera, ¿lo entiendes? Basta que se produzcan las circunstancias precisas. Pero no he venido aquí para darte lecciones de criminología. ¿Cuándo viene ella?

—¿Ella?

—Me estoy refiriendo a Judy.

—No la veo desde que ocurrió lo del accidente.

—Le estropearon los frenos en el estacionamiento de este edificio, mientras ella estaba contigo.

—Es posible.

—No se trata de posibilidad sino de seguridad. Fue aquí ¿lo entiendes? ¿Eres un ingenuo o tratas de hacértelo?

—¡Está bien, maldita sea! Le rompieron los frenos en el estacionamiento de ahí fuera pero yo no sé quién pudo hacerlo.

—Qué gran secreto el vuestro. Judy Welles y Tom Grey. Solo faltó que pusieseis vuestros nombres con un anuncio luminoso. Y a ella se le ocurrió la gran idea de decir que viene aquí porque es amiga del arte.

—Es así como lo quiso ella. Ha comprado muchos cuadros a otros pintores que viven en el edificio y habla con muchos de ellos que son sus amigos.

—Pero tú eres algo más que un amigo.

—Sinceramente, creí que eso no había trascendido.

—¿Cuándo dijo Judy que vendría otra vez a verte?

—No me lo ha dicho.

—Sería mejor que la dejases en paz por una temporada. Judy debe seguir en su casa.

—Necesito verla.

—No la llames.

—¡He dicho que necesito verla!

—¡Y yo te he dicho que no la llames! Tienes que dejarla en paz hasta que yo resuelva este asunto.

—¿Cuándo lo vas a resolver?

—Eso no puedo decírtelo porque no lo sé.

Me dirigí hacia la puerta y me volví con la mano en el tirador.

—Recuérdalo, Tom. Judy debe permanecer en su casa.

Sacudió la cabeza en sentido afirmativo y salí de allí.

Maureen seguía pintando su cuadro pero ahora vi un color que no había antes. El amarillo.

—Al fin te decidiste por el huevo frito.

Volvióse y me observó con asombro.

—No te pasó nada en los ojos.

—Todos los golpes los recibió él.

—¿Estás fanfarroneando?

—No.

—De acuerdo, sabueso. Esta noche voy a pintar tus ojos.

—No, Maureen —dije—. Pero te veré pronto.

Le hice un saludo y caminé hacia el estacionamiento.

CAPÍTULO IV

Una rubia platino con grandes ojos azules me dijo:

—Betty Perkins llegó hace un momento pero se está cambiando para pasar un desfile.

Por su mirada supe dónde estaba Betty Perkins. Le di las gracias y me dirigí hacia el salón. Otras personas me precedían.

Pero cambié de rumbo en el momento oportuno y me metí por una puerta.

Una morena muy alta se estaba quejando de un pie. El zapato le apretaba mucho. Trataba de quitárselo. Yo me incliné, le cogí el piecico y le quité el zapato.

—Gracias.

—No hay de qué.

Parecía un muchacho, como otras modelos, porque su pecho era tan liso como el mío.

—Busco a Betty Perkins.

—Yo soy Rossie... Si te da lo mismo.

—Perdona, pero Betty y yo tenemos un asunto pendiente.

—Como tú quieras, grandote. Betty está en la segunda puerta a la izquierda.

—Gracias.

Me fui adonde me había dicho y abrí sin llamar.

Una chica estaba en ropa interior y me miró con indiferencia.

—¿Quién eres?

—Periodista. Busco a Betty Perkins.

—Está al fondo.

—Con permiso —dije, pero ella no se apartó y tuve que cogerla de la cintura y apartarla. Pesaba poco, unos cuarenta y cinco kilos y de pronto me pasó los brazos por el cuello y me dio un beso.

—¿Qué es eso, nena?

—Se llama aprovechar el viaje —me contestó y se alejó.

Demonios, yo tenía que estar muy bien esta temporada para cazarlas al vuelo. Me fui hacia Betty, que estaba sentada ante un espejo y se cubría con una bata. Se estaba maquillando.

—Hola, Betty.

Me puse detrás de ella de forma que me viese reflejado en el espejo.

—¿Quién eres? No te conozco.

—Ray Kenton.

—¿Quién te manda?

—El destino.

—Debes ser actor. Y no pareces muy bueno.

—Todos interpretamos un papel de vez en cuando. Tomemos tu caso, Betty. También tú formas parte de la comedia, solo que no te conformas con el papel que te dieron y quieres convertir la pieza en una tragedia.

—¿Estás chiflado?

—No.

—Entonces me hablas en chino.

Le puse delante de los ojos los anónimos.

—Ya basta, Betty.

—¿Qué es eso?

—Lo que tú mandaste a cierta persona.

Leyó el anónimo que estaba arriba. Yo estaba viendo su rostro en el espejo. No se inmutó. Luego sus ojos parpadearon y dijo:

—Sigo sin entender nada.

Puse el primer anónimo debajo del segundo.

Betty leyó de nuevo.

Luego hizo un gesto con la mano.

—¡Aparta esos papeles!

Yo lo aparté.

—Betty, deja ya la broma.

—No sé a qué broma te refieres.

—Tú recortaste letras de un diario, las pegaste en este papel y se lo enviaste a Judy.

—Judy. ¿Qué Judy?

—Lo sabes bien.

Entornó los ojos.

—Creo que sí. Te refieres a Judy Welles.

—Menos mal que lo reconoces.

—No he reconocido nada. He adivinado que se trataría de esa lagarta.

—Te quitó tu hombre.

—Que le aproveche.

—Tus palabras no están en consonancia con lo que piensas. Tú odias a Judy.

—La odio. ¿Y qué?

—La quisieras ver muerta.

—Sí, la quisiera ver muerta, ¿y qué?

—Dime ahora que solo la quisiste asustar mandándole estos anónimos.

—Te voy a dar la sorpresa, tipo listo.

—Dámela. Me gustan las sorpresas.

—Yo no escribí esa basura.

—Es lo que tú dices, porque has sido descubierta.

—¿Qué clase de policía eres?

—Investigador privado.

—Pues deberías dedicarte a otra cosa. Eres muy malo como investigador.

—Tú eres la autora de los anónimos.

—No.

—Se qué lo has hecho por rencor y que nunca has pensado cumplir tus amenazas.

—¡Te digo que yo no he mandado esos papeles!

Parecía convincente. Pero he conocido a hombres y mujeres que han negado hasta el fin. Y más tarde se demostró que mentían.

—Olvida a Judy, Betty.

—No la puedo olvidar.

—¿Por qué no?

—Me quitó al hombre que yo quería.

—Eso pasa todos los días.

—Sí, le puede pasar a cualquiera. ¡Pero solo me importa lo que me pasa a mí!

—Sigues queriendo a Tom Grey.

—Sí.

—Pensaste en él y en Judy durante días y días, hasta que se te ocurrió esta forma de vengarte, asustándola.

—¡Vete al infierno! Te he dicho que yo no mandé los anónimos. Pero ¿sabes lo que te digo? ¡Que ojala la maten...!

Guardé los papeles. Ella continuó maquillándose.

—Si ya has terminado, lárgate —dijo.

—Me voy, y preferiría no volver.

—No quiero que vuelvas.

—Eso no va a depender de mí.

Me dirigí hacia la salida.

La chica de antes me estaba cubriendo la puerta.

—Voy a salir.

—Pues apártame.

La cogí por la cintura y la aparté.

Me volvió a besar aprovechando el viaje, pero esta vez no me soltó los brazos del cuello.

—Soy Susan Howard.

—Ray Kenton.

- ¿Y por qué no vamos a cenar juntos esta noche, Ray?
- Porque en este momento no sé lo que haré esta noche.
- Pues ya lo sabes. Cenar conmigo.
- Si hay una oportunidad, te llamaré.

Mientras caminaba hacia el estacionamiento, me dije que a veces las cosas se complican. Ya lo ven, tenía a Maureen y a Susan para cenar aquella noche. Bueno, podía cenar dos veces racionando los platos. Pensé que hay momentos en que uno no trabaja y no tiene una chica con quien cenar. El destino, muchachos, el destino.

Me fui a la oficina.

Peggy estaba muy contenta. Se había comprado muchas cosas. Los paquetes se amontonaban sobre su mesa.

- ¿Qué te parece esta combinación, Ray?
- Póntela y te lo diré.
- Eres un jefe lujurioso.
- La culpa es vuestra.
- ¿Nuestra?
- De las mujeres, y tú formas parte de esa especie.
- ¿Qué pasa con nosotras?

Le conté lo que me había pasado desde que me ocupé del caso de los anónimos a Judy Welles y no ahorré detalles.

Peggy puso un brazo en jarras.

- Con que tengo un jefe que las enamora.
- No es culpa mía. No negarás que uno está bien hecho.
- Cosa del sastre.
- Perdona, nena. Pero me compro los trajes hechos. Es mérito de papá y mamá.
- Sí, te hicieron muy mono.
- Eres muy amable.
- Pero súbete a un árbol y espera allí a tu pareja.
- Ellas me buscan en todas partes. No hace falta que me suba a la copa de un árbol.
- Qué modesto.
- Y ahora por favor, señorita secretaria, déjame, pensar.
- Los monos no piensan.

Entré en mi despacho. Sí seguía hablando con Peggy, irían las cosas a peor.

Me serví una ración de *whisky*, encendí un cigarrillo, ocupé mi sillón y puse los pies encima de la mesa. Es mi posición favorita para pensar.

Transcurrió como una hora y yo seguía pensando.

Peggy entró, se apoyó en la pared y cruzó los brazos.

—¿Diste con alguna respuesta?

—No.

—Eso es lógico.

—¿Por qué es lógico?

—Porque es un caso en el que no tenemos cadáver.

—¡Peggy, qué gran muchacha eres! ¿Qué haría sin ti?

—Le darías los besos a otra secretaria —contestó con su aplastante lógica.

En eso sonó el teléfono.

—Ray Rentan —dije por el micro.

—Señor Rentan, venga a la residencia de los Britton.

—¿Quién es usted?

—Robert, un criado.

—¿Qué pasa, Robert?

—¡Un asesinato...! ¡Venga, señor Kenton!

Quise hacer otra pregunta pero ya habían colgado a la otra parte.

—¿Qué pasa? —me preguntó Peggy.

—Sencillamente, que en el caso ya tenemos el cadáver.

CAPÍTULO V

Alan Russel, sargento de la Brigada de Homicidios, arrugó el ceño al verme. No me tenía ninguna simpatía, pero yo tampoco le tenía ninguna a él.

—Esto apesta —dijo.

—¿Se lavó los pies hoy, sargento?

Saltó como si le hubiesen pegado un pellizco en la úlcera.

—¿Qué hace aquí, señor Kenton?

—Lo mismo que usted, sargento.

—A mí me paga el Estado por mi trabajo.

—A mí me pagan los clientes.

—¿Quién es su cliente?

—Estamos en la residencia de los Britton.

Habían puesto una sábana encima del cadáver que estaba junto a la piscina.

Los técnicos del laboratorio daban vueltas por los alrededores.

—¿Puedo echar un vistazo, sargento?

—De acuerdo, pero luego me lo contará todo.

No le dije sí, ni no.

El teniente de la Brigada de Homicidios, Norman Wilson, me miró pero no dijo nada.

El sargento se inclinó sobre la sábana y la levantó.

Allí estaba la víctima. Richard Britton.

Cerré los ojos y los volví a abrir. Pero eso no sirvió para que el cadáver cambiase. Seguía siendo Richard Britton.

He recibido sorpresas en mi vida pero aquella era una de las mayores. Se notaba que lo habían sacado de la piscina. Había un charco de agua a su alrededor. Su cabello blanco, a mechones, estaba adherido a su frente.

—¿Ahogado? —dije.

El sargento soltó su chistecito.

—No, lo mataron con un tanque.

El teniente Wilson intervino:

—Lo golpearon en la nuca y lo tiraron al agua.

—¿Y quién hizo semejante atrocidad, teniente?

—Su mujer.

—¿Quién?

—Judy Welles.

—¿Y quién vio eso?

—No la vieron en el momento en que lo golpeaba, pero es como si la hubiesen visto.

—¿Por qué?

—Porque ella estaba aquí en la piscina, con él, los dos a solas.

—Si estaban a solas, ¿cómo puede saber que lo hizo ella?

—Porque un criado los vio poco antes de que ocurriese.

—¿Quién es el criado?

—Sandy Barret.

—¿Dónde está Judy?

—Se dio a la fuga después de cometer el crimen.

—Pero la cogeremos muy pronto —sentenció el sargento.

—Es absurdo.

—¿El qué es absurdo?

—Que ella lo matase de esa forma. Prácticamente no tenía escapatoria.

—Hay personas que matan ingenuamente. Pero Judy Welles no lo hizo para que la cazásemos. Al decir que huyó, quiero decir que se marchó de la casa. Ella creerá que admitiremos que Richard Britton cayó de la silla porque no tuvo precauciones.

Miré la piscina y vi la silla de inválido al fondo.

—Oiga, teniente. No pudo ser ella.

—¿Por qué no?

—Judy estaba recibiendo anónimos de muerte —saqué los anónimos del bolsillo y se los entregué.

El teniente rio mientras leía los anónimos.

—Sargento, ¿quiere enseñarle lo que encontramos en el dormitorio de la señora Britton?

El sargento me hizo una señal para que le acompañase. Nos acercamos a una mesa. Sobre ella habían unos diarios atrasados de *Los Ángeles Times*. Faltaban trozos que habían sido recortados con unas tijeras.

El sargento soltó una risita.

—¿Le resulta tan difícil suponer que las letras que se utilizaron para redactar los anónimos salieron de estos diarios?

—No.

—Los diarios estaban en el dormitorio de la señora Britton. En uno de los cajones de su armario. De modo que está aquí para hacer el papel del tonto. Lo contrataron porque Judy Welles estaba amenazada de muerte y usted se puso a investigar... Hizo el payaso, Kenton. Los anónimos se los envió ella misma.

—Usted lo sabe todo, sargento. Dígame para qué.

—Para confundir a la policía.

—Demasiado simple.

—Ella no lo vio así. Pensó que nosotros creeríamos que el asesino, al no encontrarla a ella, lo mató a él, suponiendo que no aceptásemos la muerte casual por accidente.

—Usted es un pozo de sabiduría, sargento.

Un criado me hizo una señal. Le di una palmada al sargento como si le felicitase y me aparté de él.

Me acerqué al criado.

—Soy Robert.

—¿Qué pasó, Robert?

—Fue horrible.

—La señora Britton se largó.

—Estuvo toda la tarde aquí pero se fue a las cinco.

—¿Cómo lo sabes tan exactamente?

—La vi salir en el descapotable. Pero regresó al cabo de unos treinta minutos.

—¿Adónde había ido?

—No lo sé.

—¿Y luego?

—El señor Britton estaba al lado de la piscina, en su silla, leyendo un libro.

—¿Dónde está el libro?

—En el fondo de la piscina, con la silla.

—Cuando regresó Judy, ¿dónde fue?

—Con su marido.

—¿La vio usted?

—Sí, la vi.

—¿Y qué hizo ella?

—Se sentó al lado de él.

—¿Había alguien más con el matrimonio Britton?

—No.

—¿Qué pasó después?

—Yo no puedo decirle más porque me marché a mi habitación.

—¿Quién los vio por última vez juntos?

—Sandy Barret.

—¿Dónde está?

—En el salón-biblioteca. La policía le dijo que se quedase allí.

—¿Por qué me llamó, Robert?

—La señora Britton me explicó esta mañana que usted se había encargado de investigar los anónimos que ella había recibido.

—Eso demuestra que tenía mucha confianza con usted.

—Sí, señor.

—¿Por qué?

—La he servido durante tres años. Los demás criados han estado siempre al servicio del señor Britton.

—Comprendo. ¿Quién descubrió el cadáver?

—Sandy Barret.

—Tendré que hablar con él.

—Hay un policía en la puerta de la biblioteca para impedir que hablen con él. Está de vigilancia. Pero puede entrar por la ventana que está abierta.

—Gracias.

Di la vuelta a la casa. Efectivamente la ventana estaba abierta y me colé por ella.

Sandy Barret estaba sentado en un sillón, fumando un grueso cigarro y bebiendo *whisky*.

—El *whisky* debe ser de primera calidad —dije.

Dio un brinco en el sillón.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó.

—¿No lo sabe, Sandy?

—No.

—Soy Ray Kenton, investigador privado. El señor Britton me contrató para descubrir a la persona que amenazaba de muerte a su mujer.

—No lo sabía.

—¿Está seguro de eso?

—Claro que sí.

—Bien, Sandy. Dígame ahora todo lo que vio con respecto a la muerte del señor Britton.

—La señora Britton se marchó en el descapotable pero volvió al cabo de un rato.

—¿Cuánto tiempo transcurrió entre la marcha y el regreso?

—Yo diría que, más o menos, treinta minutos.

—¿No sabe adónde fue ella?

—Claro que no. La señora no me dice nunca lo que hace.

—Cosa lógica en la señora. Pero continúe.

—La señora Britton fue al lado del señor Britton, que estaba al lado de la piscina leyendo un libro. Yo me marché.

—¿Adónde se marchó?

—Quería hablar con la cocinera Molly...

—¿Y sobre qué quería hablar con Molly?

—Creo que es asunto mío. Pero se lo diré.

—Muy amable.

—Quiero casarme con Molly, pero ella no está muy decidida.

—¿Y cuánto tiempo le llevó convencer a Molly de que es usted el hombre que le conviene como marido?

—No la convencí, pero estuve con Molly unos diez minutos.

—¿Y qué hizo usted después de su fracaso con Molly?

—Era la hora en que el señor Britton bebe un vaso de leche. De modo que lo preparé y me dirigí a la piscina. Pensé que seguiría allí con su esposa. Pero al llegar no vi a nadie.

—¿Qué hizo entonces?

—Pensé dirigirme a la biblioteca. Pero entonces se me ocurrió mirar al agua de la piscina... Fue horrible... De pronto, vi allá abajo al señor Britton. Estaba fuera de la silla. Me puse a pegar chillidos. Al echar a correr, volqué el vaso de leche. A mis gritos acudieron Robert y Molly... Yo me arrojé al agua y saqué al señor Britton. Ellos me ayudaron a ponerlo sobre la hierba. Me di cuenta de que estaba muerto pero, a pesar de eso, hice todo lo posible, hasta la respiración de boca a boca. Pero ya no había nada que hacer. Buscamos a la señora y no la encontramos, y el descapotable ya no estaba en la cochera. Entonces decidí llamar a la policía.

La puerta se abrió de golpe.

El sargento Russel entró a grandes zancadas.

—¡Maldito sea, Kenton!... ¿Por qué entró aquí?

—Porque la ventana estaba abierta.

—Se cree gracioso, ¿eh?

—Usted lo dijo, sargento. Soy el payaso.

—Y lo sigue siendo. ¿Qué infiernos trata de sacarle al criado?

—La verdad, sargento. Solo la verdad.

—¡Lárguese!

—Ya me voy.

—¡De la casa!

—De acuerdo.

No necesitaba quedarme un minuto más allí.

Monté en el coche y apreté el acelerador.

Mi destino era el Monte Vermont.

Tenía que ver a Judy antes de que cayese en manos de la policía.

No encontré a la chica de los huevos fritos. Apreté el timbre del apartamento de Tom Grey.

Me abrió el rubio, alto y varonil.

—¿Otra vez usted? —gruñó.

Le solté un empujón y pasé al interior.

Allí estaba Judy, sentada en un diván.

—Buena la ha armado matando a su esposo —rezongué.

Se quedó pálida, los ojos muy abiertos.
—¿Qué es lo que dice, señor Kenton?

CAPÍTULO VI

Apunté a Judy con el brazo extendido.

—No se haga la inocente, Judy... Golpeó a su marido en la cabeza, lo dejó sin conocimiento y empujó la silla a la piscina.

Tom Grey me soltó un puñetazo.

Me pilló de costado y esta vez no pude burlarlo. Caí en el suelo.

—Te voy a destrozar, sabueso.

Rodé en la alfombra para evitar que me patease y me levanté justo a tiempo de bloquear su izquierda. Luego le repliqué con un derechazo al mentón.

Tom Grey voló por media estancia y se derrumbó dando una vuelta de campana. Quedó inconsciente, oyendo el “pío, pío” de los pajaritos.

Judy se había puesto en pie. Se llevó las manos a las mejillas.

—Contésteme ahora, Judy.

—¿Richard... ha... ha... muerto?

Me puse a aplaudir.

—Muy bien, Judy. Ha interpretado muy bien. ¿Qué es lo que dicen ustedes en su negocio cinematográfico cuando una escena sale primorosa?... Oh, sí, debe ser algo parecido a esto: “¡Corten...! ¡Vale!”

—Miserable.

Seguí aplaudiendo.

—Ande, Judy, continúe. Diga que no sabe nada, que es la primera noticia que tiene del asesinato de su marido.

Escondió la cara entre las manos y se puso a sollozar. La cogí bruscamente de un brazo y le puse al descubierto el bonito rostro.

—¡Basta de actuar, Judy!... ¡No está en un plató!

Me escupió y yo le solté una bofetada.

Cayó en el sofá.

—¡Canalla!

—Me gusta dar cuando me dan —reliqué.

Me limpié el salivazo con el pañuelo.

—Le saqué un poco de ventaja a la policía, Judy, pero no creo que sea mucha. ¿Quiere confesarme el crimen o prefiere contárselo a ellos?

—¡No he cometido ningún crimen!

—¿A qué hora salió de su casa?

—No miré el reloj.

—Yo sé lo diré. A las cinco.

—Es posible.

—Volvió al cabo de media hora.

—Oh, no. Yo no regresé.

—Usted regresó a su casa al cabo de media hora, en el mismo descapotable.

—No, señor Kenton. No volví, y Tom se lo puede decir.

—Tom no me puede decir nada de momento.

El pintor continuaba en el suelo y se movía débilmente, gruñendo maldiciones. Dos palizas en el mismo día eran demasiado, incluso para un tipo como él, que hacía gimnasia en la terraza.

—Usted golpeó a su marido y arrojó la silla al agua. Luego se vino a reunir con su amante.

—Se equivoca.

—¿Cuál es la parte en que me equivoco? ¿Todavía no son amantes?

—¡Es usted un cerdo!

—Usted asesina a su marido a sangre fría y viene a refugiarse en casa de su amante. Si yo soy un puerco, ¿qué es lo que tengo que decir de usted, Judy?

—¡No lo maté...! ¡No lo maté porque yo no estaba allí!

—Debió esperar a la noche para que no la viese tanto público.

—¿Cómo?

—No sea estúpida, Judy. La vio regresar demasiada gente. Dos criados, Robert y Sandy.

—No es posible.

—Y uno de ellos es su hombre fiel, Robert.

—¿Qué él me vio regresar?

—Estoy hablando con palabras claras y concretas. Robert la vio.

—¡No me pudo ver porque yo no regresé a la casa! Llegué aquí más o menos a las cinco y media y ya no salí.

—Oh, sí, y tiene como testigo a Tom para probarlo.

—Tengo a Tom para probarlo. Y hay algo más que usted olvida.

—¿Qué es lo que olvido?

—Era a mí a quién querían matar.

—No puedo felicitarla por eso. Por inventarse ese truco.

—¿De qué está hablando?

—Encontraron los diarios en el cajón de su armario.

—¿Los diarios? ¿Qué diarios?

—Los que usted usó para recortar las letras.

—¿De qué me está hablando?

—Como asesina, es solo una principiante.

—¡No soy una asesina!

—Usted mató a su marido.

—¡Es usted un miserable!

—Eso ya lo dijo.

Tom se había repuesto. Estaba apoyado en la pared y respiraba agitadamente.

—¡Maldito, escúchame!

—Ya sé lo que vas a decir, Tom. Que ella llegó aquí a las cinco y media y que no se marchó.

—Eso fue exactamente lo que ocurrió.

—No, Tom, volvió a su casa. La vieron dos criados en el mismo descapotable con que se había marchado media hora antes.

—No puede ser, Judy estuvo aquí todo el tiempo, desde las cinco y media.

Reí con ferocidad enseñándole los dientes.

—Tom, tú tampoco llegarás muy lejos con tu tozudez.

—Eres tú el tozudo. ¡Te repito que ella no salió de aquí!

—Señor Kenton —dijo Judy.

La miré a los ojos. Eran hermosos, y ahora estaban llenos de dramatismo.

—¿No ha pensado en algo, señor Kenton?

—¿En qué?

—En que esa mujer haya sido alguien que se hizo pasar por mí.

—Si se lo dice al fiscal, se va a reír mucho.

—Se lo estoy diciendo a usted.

—Judy, nadie le creería esa fábula.

—Si yo estaba aquí y los criados me vieron, es que aquella mujer no era yo.

—Tonterías.

—¡No son tonterías!

—¿Tiene una hermana gemela?

—No. Ni siquiera tengo una hermana.

—Los criados la han visto muchas veces, sobre todo Robert.

—Sí, sobre todo Robert.

—Y él dijo que era usted.

—El disfraz debió ser perfecto.

—¿El disfraz? ¿Y la cara?

—Una cara se maquilla.

La miré con los ojos entornados. ¿Qué estaba pasando allí? La hermosa Judy me estaba metiendo la duda en el cerebro. ¿Para qué? Para salvar su lindo cuello.

El timbre de la puerta sonó.

Judy y Tom Grey miraron la puerta.

Otra vez sonó el timbre.

—Abren a la policía.

—¡Dios mío! —dijo Judy.

Ahora no parecía estar representando.

—Abran o echamos la puerta abajo.

Era la voz del simpático sargento de Homicidios, Alan Russel. Le hice una señal a Tom.

—Abre.

Grey dio unos pasos hacia Judy.

—Estaré a tu lado, querida.

Ella no dijo nada y entonces Tom la besó en los labios. Luego se encaminó a la puerta y abrió.

El sargento Russell entró seguido por otros dos policías.

No, no estaba allí el teniente.

—¿Judy Welles? —preguntó Russell mirando a la joven.

—Sí, soy yo.

—La detengo en nombre de la ley.

Agregó las otras cosas. Eso de que tenía derecho a guardar silencio hasta que tuviese a su lado un abogado.

Judy levantó la barbilla.

—Me acojo a mis derechos constitucionales.

—Como usted quiera, señora Britton. Vendrá con nosotros.

—Sí, señor.

Luego el sargento se volvió hacia el pintor.

—¿Tom Grey?

—El mismo.

—Sería conveniente que no abandonase usted la ciudad por unos días.

—No pienso abandonarla.

El sargento se dirigió hacia mí y me sonrió con sarcasmo.

—Se cree muy listo, ¿eh, Kenton?

—Es usted quien lo dice, sargento.

—No es ni la mitad de lo que piensa.

—Muy amable.

—Ya terminó su caso, Kenton.

—Quizá sí, quizá no.

—No enrede más. Me puedo cansar de usted, Kenton.

—¿Y qué pasaría entonces, sargento?

—Pediría que le retirasen la licencia.

—Ya me están temblando las piernas. ¿No oye el chasquido de las rótulas?

Se puso rojo como una cereza. Me apuntó con el dedo y por fortuna para mí de él no salió una bala.

—Kenton, se lo advierto. Otra jugarreta más y le juro que se va a

acordar de mí mientras viva... Vamos, señora Britton.

Se llevaron a Judy, y Tom Grey y yo quedamos a solas.

El pintor, después de los golpes que había recibido y de la captura de Judy, estaba hecho polvo. Se dejó caer en un sillón como si acabase de cruzar el Canal de la Mancha a brazada limpia.

—Ella no lo mató, Kenton. Sé que no me vas a creer. Pero Judy estuvo aquí desde las cinco y media. No salió ni por un minuto.

No dije nada. Estaba pensando. De pronto, Tom hizo chasquear los dedos.

—¡El coche!

—¿A qué te refieres?

—Al coche de ella. ¿No lo viste en el estacionamiento?

—Sí, al llegar.

—Entonces la falsa Judy salió de aquí. Cogió el coche de ella.

—No, no debieron pasar las cosas así.

—¿Por qué no?

—Suponiendo que haya habido otra asesina, ella no podía arriesgarse tanto. Habría tenido también eso en cuenta. Quiero decir que habría utilizado un descapotable igual al de Judy. ¡Maldita sea, ya estoy hablando como si Judy no fuese la culpable!

—¡No lo es!

—¿Quién sabía que Judy iba a venir aquí?

—Nadie.

—Eso coloca a Judy en peor situación. Si nadie sabía que iba a salir de esta casa, la otra asesina actuó muy deprisa.

Se mordió el labio inferior.

Me contesté a mí mismo.

—Solo hay una respuesta. Que la asesina estaba vigilando atentamente a Judy. Y la prueba de esa vigilancia está en que el otro día pudo estropear los frenos mientras ella estaba aquí. Sabía que Judy vendría a verte aquí en cualquier momento. Y la asesina estaba lista para entrar en acción.

—Ahí lo tienes. Has dado en el clavo.

—No sirve.

—¿Por qué no sirve?

—Porque solo estoy hablando de conjeturas.

—No son conjeturas. Acabas de contar justamente lo que pasó.

—Para un jurado solo sería una sarta de invenciones. Ellos quieren evidencias y no tenemos la menor prueba en qué basar mis suposiciones.

Por unos momentos se había sentido entusiasmado. Pero ahora de nuevo se hundió en el sillón, como si le hubiese pegado en el estómago.

—¿Quién es Maureen Morgan? —pregunté.

—Una pintora.

—Ya sé que es una pintora. ¿Tienes alguna amistad con ella?

—Nos hemos visto algunas veces y en ocasiones hemos coincidido en el apartamento de algún amigo. Es una chica simpática, pero no creo que llegue muy lejos en su trabajo.

—¿Por qué no?

—No tiene personalidad.

—¿Desde cuándo vive aquí?

—No lo sé, exactamente. Pueden que sean dos meses, o tres.

—¿De dónde vino?

—No lo sé.

Eché a andar hacia la puerta.

—¿Qué va a pasar con Judy, Kenton?

—Ya lo viste. La detuvieron.

—Eso ya lo sé. Pero, ¿quién va a hacer algo por ella?

—Yo soy tan tonto que intentaré hacer algo por ella. Aunque creo que los dos me habéis engañado. Vuestra historia ha sido muy repetida durante centenares de años. La mujer y el amante que se ponen de acuerdo para cargarse al marido.

Lo dije para ver cómo se ponía y se puso hecho un fiero.

—¡Lárgate, puerco...! ¡Lárgate de aquí!

No soy un puerco pero me largué.

Apreté el timbre del apartamento de Maureen y me abrió aquella chica tan mona.

—¿Qué tal te salieron los huevos fritos, Maureen?

—Tan bien, que me comí uno.

—¿Puedo pasar?

—Claro que sí, sabueso. Estaba pensando justamente en ti.

Entré y entonces, como si fuese lo más natural del mundo, me pasó un brazo por el cuello y me besó.

Así me gustan los comienzos, hermano.

CAPÍTULO VII

Terminó el beso.

Maureen seguía con la misma indumentaria, el short y su blusita con los picos anudados al estómago.

—¿Un *whisky*, Ray?

—Me vendrá bien porque vengo asustado.

—¿Te asusta a ti alguien?

—La policía.

—¿Qué te pasó con ellos?

—Capturaron a mi cliente. Ya sabes, a Judy.

—¿Por qué?

—Dicen que mató a su marido.

La joven encanutó sus jugosos labios y lanzó un silbido. Se fue al bar y preparó los *whiskys*.

Bebimos un trago y ella enarcó las cejas.

—¿Cómo lo mató?

—Tirándolo a la piscina.

—¿Es que él no sabía nadar?

—Le pegó en la cabeza. Además, él estaba en un sillón de ruedas. Sufrió una lesión de columna vertebral al caer del caballo hace unos meses.

—Vaya con la niña.

—Judy no es ninguna niña.

—Ya lo sé. La he visto en algunas películas. Es toda una mujer. Y eso me recuerda lo que dijeron alguna vez los críticos.

—¿Qué dijeron?

—Que Judy era tan temperamental como una italiana.

—Es posible.

—Ahora lo ha demostrado cargándose a su marido.

—No te vi al llegar, Maureen.

—Me cansé de la brocha y vine a tomar una ducha.

—Qué lástima.

—¿Por qué?

—Si hubieses estado allá abajo, hubieses visto llegar a Judy.

—¿Es importante?

—Mucho. Judy dice que ella no mató a su marido. Que estuvo todo el rato con Tom Grey desde que llegó a las cinco y media. Su marido fue muerto después de esa hora. Si tú hubieses estado pintando, podrías

haber probado que mentía. Que Judy regresó a su casa.

—No entiendo. Dices que la policía la ha detenido, lo cual quiere decir que deben estar seguros de que fue ella.

—Dos criados aseguran que vieron llegar a Judy después que se marchó a las cinco.

—Entonces es una fábula inventada por Judy.

—Eso le dije yo.

Terminé mi *whisky* y dejé el vaso en la mesita.

—Me voy, Maureen...

Ella corrió a mi lado y me pasó otra vez el brazo por el cuello.

—¿Adónde vas, peregrino?

—Debo seguir investigando.

—¿No te parece esta posada buena?

—Mucho.

—Entonces, quédate.

—No puedo. El hombre que me contrató está muerto.

—Entonces ya no tienes ninguna obligación con él.

—Todo lo contrario. Es ahora cuando tengo más obligaciones.

Me besó.

—Ray, me voy a aburrir mucho sin ti.

—Cariño, el deber me llama.

—Qué feo suena eso.

—Suena feo, pero es la verdad.

Me desprendí de sus brazos y lo sentí mucho porque Maureen era algo fuera de serie.

—Si cambias de opinión, estaré aquí, peregrino.

—Lo tendré en cuenta.

Le guiñé un ojo y salí del apartamento.

Peggy ya no estaba en la oficina. Pero necesitaba hablar con ella y fui a su apartamento.

Estaba en bata.

—Te estaba esperando —dijo cuando entré.

Tenía el televisor en marcha y en la pantalla estañen pasando algunas escenas de los grandes éxitos de Judy Welles. La voz del locutor decía:

“He aquí a Judy Welles en su famosa interpretación de una inmortal obra de Shakespeare, justamente una película que fue producida por su marido, hoy la víctima, Richard Britton”.

Pasaron otras imágenes y el locutor agregó:

“El crimen ha llenado de estupor al país. Judy Welles,

acusada del asesinato de su marido, es la noticia del día que ha relegado a un segundo término la guerra del Vietnam y las manifestaciones hostiles a la política del presidente”.

—Apaga ese chisme —dije.

Peggy oscureció la pantalla.

Me pasó la mano por el cabello.

—Te engañaron como a un chino, jefecillo. Comprendo que estés contrariado.

—Conque me engañaron, ¿eh?

—Y de qué forma. Judy ha demostrado que es toda una actriz. Hizo el papel de víctima mandándose a sí misma los anónimos que ella confeccionaba...

—Habría sido una mala actriz.

—¿Qué?

—¿Por qué iba a dejar en un cajón de su alcoba los diarios que usó para recortar las letras?

—Un olvido, Ray.

—No me gusta ese olvido.

—Te guste o no, fue lo que ocurrió.

—Y yo no creo que ocurriese.

—De modo que supones que los diarios fueron puestos allí por otra persona.

—Exactamente.

—¿Por qué?

—Porque fue otra persona la que mató a Richard Britton.

—¿Una doble de Judy?

—Eres la mejor secretaria de un investigador.

—Quiero un aumento de sueldo.

—Vete al infierno.

—Tú eres el que te vas a ir si continuas el camino que has emprendido. Judy Welles es culpable.

—No lo es.

—Por el tono de tu voz entiendo que quieres convencerte a ti mismo.

Se sentó enfrente de mí y dijo:

—Anda, cuéntaselo todo a la abuelita.

Le hice un relato y luego los dos quedamos en suspenso.

—¿Qué piensas, abuelita?

—No me llames abuelita, o te tiro algo a la cabeza.

Así son las mujeres de inconsecuentes.

—¿Quieres café? —dijo Peggy—. Lo acabo de hacer.

—Primero *whisky*, después café y luego me invitarás a un vaso de leche.

—También tengo albóndigas.

—Entonces empezaremos por cenar y dejaremos el café para lo último.

—¡Solo soy tu esclava en la oficina, jefecillo!

—No seas cascarrabias y da de comer al hambriento.

Me dio de comer y luego bebimos café y encendimos cigarrillos. Y durante todo ese tiempo no hablamos de la muerte de Richard Britton.

—El crimen perfecto —dijo.

—Sí, no está nada mal.

—Suponiendo que Judy haya dicho la verdad.

—No tengo más remedio que trabajar sobre esa base, Peggy.

—En eso estoy de acuerdo.

—Pues así van a ser las cosas.

—Te estrellarás contra un muro, Ray.

—Estoy acostumbrado.

—Y un día te aplastarás las narices.

—Son gajes del oficio.

—Prefiero los divorcios.

—Tú eres una mujer muy sensible. Y cuando llegan con un divorcio te pasas todo el rato llorando por el cónyuge inocente. La de veces que te he tenido que secar las lágrimas.

—Está bien, jefe. ¿Cuál es el camino?

—Pensemos con lógica. Si alguien se cargó a Richard Britton, ¿por qué lo hizo?

—Por amor, puesto que se trata de una mujer.

—Sí, esa mujer pudo amar tanto a Richard Britton que llegó hasta la muerte.

—Te ha salido una frase muy linda.

—Gracias.

—Quisiera que un hombre me amase a mí hasta la muerte.

—¿Y qué prefieres, qué te degüelle o te estrangule con una media?

—Materialista.

Pegué un manotazo en el aire.

—A Richard Britton lo han podido matar por otro motivo. Era un profesional, un productor muy conocido.

—Está trabajando en el cine desde hace veinticinco años.

—¿Cómo lo sabes?

—Mire el *Quién es quién en Hollywood...* Richard Britton había trabajado en Nueva York, como director de teatro. Logró un par de éxitos y fue contratado por una productora cinematográfica. Empezó

dirigiendo películas lacrimosas, pero él era ambicioso y no se conformó con el papel que le habían asignado en la Meca del cine. Logró reunir un poco de dinero y empezó a producir por su cuenta. Su primera película fue un gran éxito, *Hay alguien debajo de la cama*.

—¿Y quién era?

—El lechero.

—Cuando me case, no beberé leche.

—Yo, sí.

—¡Mujeres! ¿Quién las entiende? Continúa con tu historia de Richard Britton.

—Hizo otras películas de bastante éxito y con ello consolidó su posición. Entonces ocurrió lo de Harry Walker.

—¿A qué te refieres?

—A que se asoció con Harry Walker.

—¿El director?

—Sí, el director.

—¿Y qué pasó con la sociedad?

—Duró poco. Las ideas de Harry Walker chocaban con las de Britton.

—¿Por qué?

—Harry Walker, en un principio, era un tipo muy parecido a aquellos directores europeos que vinieron a Hollywood con las ideas artísticas del Viejo Mundo. Ya sabes que la mayoría fracasaron, salvo los que se conformaron con aceptar las ideas americanas y rodarlas de acuerdo con el criterio americano.

—Pero Harry Walker era americano.

—Sí, pero su estética cinematográfica, como dicen los críticos, estaba basada en la escuela naturalista francesa, o en la simbolista alemana.

—Me vas a producir dolor de cabeza con tus conocimientos.

—¿Quieres saber la historia o no la quieres saber?

—Adelante, Peggy.

—Harry Walker y Richard Britton disolvieron la sociedad, pero lo más gracioso es que Harry Walker continuó trabajando para Britton, pero con las ideas de Britton. La explicación consiste en que a Harry Walker no le quería dar trabajo nadie.

—Por lo tanto, Harry Walker debía sentirse agradecido a Britton.

—Es lo lógico, pero ¿y si fuese un hombre reprimido? de esos que dicen: “Ahora acepto tus condiciones, pero algún día me las pagarás”.

Me puse en pie.

—Quiero conocer a Harry Walker.

—¿No te parece un poco tarde para ir a verlo?

—Calla y vete a dormir, sabihonda.

CAPÍTULO VIII

Crucé el jardín de Harry Walker y toqué el timbre.

Me abrió una doncella, una mestiza monísima. Ya saben que los tipos del cine se quedan con lo mejor, los muy ladrones.

—Quiero hablar con el señor Walker.

—Perdone, pero el señor Walker no puede recibir a nadie.

—¿Las anginas?

Se quedó un poco desconcertada.

—Lo siento —dijo—. No hay respuesta.

Saqué una de mis tarjetas profesionales y se la alargué.

—Monada, dile a tu patrón que estoy investigando la muerte de Richard Britton por encargo del propio Britton.

Se desconcertó más, pero decidió llevar la tarjeta haciéndome pasar antes al vestíbulo.

La casa no era la residencia de Richard Britton. También tenía su escalera que conducía al piso alto, pero en un plan más modesto. Y tampoco pendían del techo aquellas grandes arañas.

La bonita mestiza regresó.

—El señor Walker lo recibirá.

—Gracias.

Harry Walker me salió al encuentro en el salón donde fui introducido. Era un hombre de talla mediana, robusto, con el cabello blanco por las sienes. Sus manos eran pequeñas, de dedos largos y finos.

—No comprendo eso de que Britton lo Contratase, señor Kenton. ¿Quiere decir que él sospechaba que iba a ser asesinado?

—No, temía por la muerte de su mujer.

Sus ojos azules me miraron con asombro.

—¿Se refiere quizá a los anónimos?

—Sí.

—Entiendo, Judy jugó muy bien dirigiéndose los anónimos a sí misma.

—Ella dice que no se dirigió los anónimos.

—¿Y los periódicos que encontraron en su armario?

—Una trampa preparada por la persona que realmente mató a Richard Britton.

Se quedó con la boca abierta y al fin dijo:

—¿Quiere un *whisky*?

—No, gracias.

—Estaba tomando café. ¿Le sirvo una taza?

—No.

Nos sentamos uno frente al otro y yo encendí un cigarrillo.

—Señor Walker, suponga que Judy no mató a Richard.

—Es difícil suponer eso, teniendo en cuenta lo que he oído por la televisión.

—Por eso he dicho que lo supusiese. ¿Quién más tendría interés en que Richard Britton se fuese al otro mundo?

Dio un suspiro.

—Mucha gente, señor Kenton.

—¿Por ejemplo?

—No puedo dar nombres.

—¿Por qué no?

—Mire, señor Kenton. El cine es muy bonito visto desde la butaca, especialmente cuando es una obra de arte. Pero ¿se ha preguntado usted alguna vez, qué hay detrás de esa obra de arte?... —sonrió con amargura—. Hay mucho sudor y mucho cadáver. Estoy hablando en sentido metafórico. Me refiero a personas que, a lo largo de la producción de una película, apestan como si ya estuviesen muertos... Empecemos por el guion. Usted habrá oído decir que es la materia prima con la que se hace una película. Es cierto. Pero ¿cómo se hace un guion? Ha habido alguna película mía en la que el guion se ha reconstruido hasta doce veces. Usted verá que alguien firma el guion, se llame Smith o se llame de cualquier otra forma. Pero no es la verdad. En ese guion han intervenido muchas más personas. Alguna con verdadero talento, y su nombre ni siquiera está en los títulos de crédito. A ese tipo, al verdadero autor, le pagan su trabajo. Y tiene que aceptar porque necesita comer. Y luego prescinden de él. Naturalmente, se acordarán de esa persona cuando necesiten otro buen guion.

—Perdone que le interrumpa, señor Walker. Es muy interesante todo eso que dice acerca del cine. Pero yo no he venido aquí para que me dé un curso sobre su especialidad.

—Soy yo el que tengo que pedirle disculpas a usted.

Cuando hablo de mi profesión, me entusiasmo... A usted solo le interesa saber quién pudo matar a Britton, suponiendo que Judy no lo hiciese.

—Sí, señor Walker, fue la pregunta que le hice.

Se quedó pensativo durante unos instantes y a continuación sacudió la cabeza.

—No, sinceramente no le puedo dar ningún nombre.

—Yo le daré uno.

—¿Cuál?

—Harry Walker.

La temperatura disminuyó mucho en la estancia.

—Eso no tuvo ninguna gracia, señor Kenton.

—No lo dije para que se riese.

—¿Por qué me considera sospechoso?

—Usted formó sociedad con Britton, ¿cierto?

—Cierto.

—Pero disolvieron la sociedad.

—También es verdad. Pero fue una separación amistosa.

—Pudo serlo desde un punto de vista protocolarlo, pero usted quizá lo odió por eso.

—No voy a negar que me sentó muy mal que Britton disolviese la sociedad. Según él, no íbamos a ninguna parte. Sin embargo, Britton había aprobado mis planes de producción. Íbamos a filmar *Los hermanos Karamazov*. Tengo buenos amigos cineastas en Rusia y me habían prometido su apoyo para que pudiese rodar en los estudios moscovitas. Pero también es cierto que lo olvidé pronto. Soy un veterano en mi profesión y sé que el cine es así, y que nadie lo podrá cambiar. De pronto, dos personas se sienten entusiasmadas por hacer una película y, al cabo de unos días, y a veces bastan horas, una de ellas piensa que el proyecto es descabellado. Sí, señor Kenton, a usted le parecerá extraño, pero no a mí.

—Sigamos hablando de usted y del señor Britton.

—Ya le he dicho que aquello quedó olvidado. Luego he filmado varias películas para Britton y siempre han sido protagonizadas por Judy.

—¿Iba usted a dirigir la próxima película?

—No lo sé.

—Me refiero al guion que está escribiendo James Landon.

—Sí, sé que James Landon estaba escribiendo un guion para Britton y que sería protagonizado por Judy. Pero Britton todavía no había dicho su última palabra acerca del director.

—¿Sabe qué clase de guion es?

—Britton no me quiso decir nada.

—¿No es amigo de Landon?

—Landon y yo no estamos en muy buenas relaciones.

—¿Por qué?

—Un director casi nunca está en buenas relaciones con un guionista. Los escritores son muy susceptibles y creen que los directores traicionan sus ideas. Ellos solo quedan satisfechos cuando el director consigue una buena producción. Entonces el escritor pretende atribuirse todos los méritos del éxito. Bueno, otra vez le estoy hablando

de la parte del negocio que a usted no le interesa.

Me levanté.

—Gracias por todo, señor Walker.

—No hay de qué.

Nos estrechamos otra vez la mano y nos dirigimos a la puerta.

—Señor Walker, ¿dónde estaba usted entre las cinco y las seis de esta tarde?

De nuevo se quedó con la boca abierta.

—Usted solo es un investigador privado, señor Kenton.

—No soy un policía oficial, y no tiene obligación de contestar a mi pregunta.

—Sin embargo, le voy a responder —hizo una pausa—. Estuve en el cine.

—¿Cuál?

—El Odeón. Está en esta misma calle.

—¿Lo acompañaba alguien?

—No.

—¿Y qué película vio?

—*Funny Girl*... La he visto otras dos veces. Me interesa conocer la mecánica de la comedia musical. Todavía no he hecho ninguna. Y mi sueño es hacer una película de ese género. Tengo ideas para la adaptación de una obra clásica, concretamente una obra de Voltaire...

—Gracias, señor Walker, aunque debo decirle que no le sirve la coartada.

—No esperaba que me sirviese.

—Hasta la vista.

El siguiente en la lista era James Landon. Vivía en un edificio de apartamentos.

Oí mucho jaleo al llegar a su puerta.

Toqué el timbre y me abrió una pelirroja que medio se cubría con un vestido de noche. Tenía una copa de champaña en la mano.

—Querido, ¿por qué tardaste tanto?

Era la primera vez que la veía.

—Ven, querido, tienes que beber.

—¿Y tú cómo te llamas, querida?

—Helen, amor mío, ¿cuál es tu nombre?

—Pinocho.

Soltó una carcajada.

—Cuánto te eché de menos, narizotas.

Estaba ebria.

—¿Dónde está James Landon?

—Por ahí con su rubia platino. No te fíes de ella, es un mal bicho.

—No me interesa la rubia platino, sino él.

—¡Vaya!

—Helen, te vas a ir al infierno por tus malos pensamientos. ¿Es que no sabes distinguir a un hombre del que no lo es?

—No, esas cosas ya no se saben porque todos parecéis iguales.

—Lo siento, nena, pero James Landon y yo tenemos que hablar. Pórtate bien.

—Tercera habitación conforme se va a la cocina. Pero prométeme que no te irás con la rubia platino.

—No, no me iré.

Allí había lo menos veinte parejas y todas estaban como Helen, “Amor Mío”.

Fui a la tercera habitación conforme se iba a la cocina, y abrí sin llamar.

Allí estaba la rubia platino. Fue lo primero que vi porque tenía mucho que ver. Llevaba un vestido tan pequeño que podría haber pagado la tela con un dólar.

Pero me gusta la minifalda, hermano, sobre todo cuando una chica como aquella es quien la lleva.

Al hombre que estaba a su lado también le gustaba.

Era un tipo que se parecía a Arthur Miller, pero probablemente nunca tendría su talento.

—Hola —dije.

El tipo me miró y dijo:

—Sigue la flecha.

—La flecha me condujo aquí.

—Eh, quién eres. ¿Lo conoces tú, Doris?

—Es la primera vez que lo veo, pero no está nada mal, James.

James Landon le soltó una bofetada.

Doris soltó un gritito.

—Eh, James, eso no se hace —le dije.

Se levantó.

—Largo de aquí.

—No me puedo ir. Vine en tu busca, James.

—¿Para qué?

—Para hacerte preguntas.

—¿Sobre qué?

—Sobre Richard Britton.

Me miró con atención y soltó una carcajada.

—¿Sabes lo que se celebra aquí, bastardo? —dijo.

—¿Tu cumpleaños?

—No, bastardo. No celebramos mi cumpleaños, sino la muerte de

Britton. ¿Lo oyes?... ¡La muerte de Richard Britton!

CAPÍTULO IX

James Landon seguía riéndose.

—¿No te hace gracia, bastardo? —rezongó.

—Soy Ray Kenton.

—Tanto gusto, bastardo.

Me fui hacia él alargándole la mano.

—Yo también celebro conocerte, guionista.

Lo sorprendí como yo quería, porque le sacudí un tortazo que lo hizo saltar más allá del diván.

Cayó en el suelo y luego se arrodilló tocándose la cara.

—¡Maldito bastardo!

—Nunca me ha gustado que hablen mal de los muertos.

La rubia Doris dijo:

—¿Te hizo daño, amor?

Las hay masoquistas. Ella había recibido un tortazo de James London y ahora se preocupaba por las muelas de él.

—No, no me ha hecho daño, pero Kenton no dirá lo mismo cuando acabe de triturarlo.

—¿Y dónde está la trituradora? —pregunté con inocencia.

—Aquí —contestó levantando las dos manos.

Corrió hacia mí como una res en estampida y yo hice lo que tenía que hacer. Lo apuntillé. Resultó la mar de fácil pero se lo explicaré, hermano, por si usted necesita apuntillar en alguna ocasión.

Salté a un lado cuando él llegaba resoplando, y le pegué con el filo de la mano en el cogote. Soltó un mugido y cayó de bruces, aplastando la cara contra la alfombra. Allí quedó, despatarrado, como una rana.

—¡Cielos! —dijo la rubia platino.

—No está muerto, Doris.

—Ya sé lo que eres, Ray.

—¿Ah, sí?

—Uno de esos especialistas que se ganan la vida soltando y recibiendo mamporros.

—No, nena.

—¿Qué eres, entonces?

—Un investigador privado.

—¿Y qué investigas?

—La muerte de Richard Britton.

—Pero si lo mató Judy.

—Ella no lo hizo y, por lo que estoy viendo, hay muchas personas que gustosamente habrían ocupado el lugar del asesino —señalé a James Landon—. Y este guionista es uno de ellos.

—Britton lo trató muy mal.

—¿Lo trataba muy mal y le daba de comer?

—¿Crees que todo en esta vida consiste en el estómago?

No, no parecía tan ebria como Helen, “Amor Mío”, o como James Landon.

—¿También eres actriz?

—Sí, pero estoy empezando.

—Claro y empiezas por dejarte besar por la gente que está metida en el cine.

Se encogió de hombros.

—Son las reglas del juego.

—¿Sabes lo que te digo? Que vuestro juego es un poco feúcho.

—¿Y qué me dices de tu negocio, detective? Apuesto a que te pasas la vida metiendo las manos en cubos de basura.

—Sí, y a veces tengo que meter las narices para oler mejor.

Landon se levantó tambaleándose. Hizo un esfuerzo para enfocar con sus ojos.

—¿Todavía estás aquí, bastardo?

—Oye, escritor. Puedo seguir pegándote más, pero cuando acabe contigo, no vas a poder escribir ni tu nombre.

—¿Qué quieres, maldito?

—¿Por qué celebras esta fiesta? Sí, ya me dijiste que era por la muerte de Richard Britton pero, según noticias, tú estabas escribiendo un guion para él. ¿Por qué trabajabas para Britton si lo odiabas tanto?

—Había prometido que me produciría una obra teatral en Broadway.

—¿Qué obra teatral?

—La que terminé de escribir hace un mes.

—¿Y cuál es su título?

—*Soy casada, pero tengo novio.*

—Eso quiere decir que, si se murió Britton, atore no tendrás oportunidad para estrenar tu comedia.

—Te equivocas. Tengo otro productor.

—¿Quién?

—¿Qué te importa a ti?

—¿Quién? —repetí con energía.

—Donald Scott.

—¿Quién es Donald Scott?

—Un fabricante de zapatos. Tiene mucho dinero. Su mujer es una

snob. Fue ella quien empujó a su marido para que produjese mi obra en Nueva York.

—Estás dando un buen motivo para haberte cargado a Britton.

—¿Qué imbecilidad estás diciendo? Lo mató una mujer. Su esposa, Judy Welles.

—No, no fue ella.

—¿Quién lo dice?

—Lo digo yo.

—Tú eres un cualquiera. Puedes pensar lo que te dé la gana, pero es la policía quien decide quién mata a quién. Y para ellos la asesina es Judy Welles.

—¿Y para ti?

—Sigue siendo Judy.

—También la odias a ella.

—¿Por qué había de odiarla?

—Porque te plantó.

—Tonterías.

—Sé la historia. Te querías casar con Judy.

Mi bofetada lo había despertado, o quizá gozaba tanto con aquella escena que ya su cerebro podía raciocinar.

—De acuerdo. Me quería casar con ella.

—Y Judy fue la que rompió el compromiso. Era un matrimonio preparado por los Estudios para los que Judy trabajaba. Tú eras un intelectual, el marido que a Judy le convenía.

—Sabes mucho.

—Te debió sentar muy mal que Judy se negase a seguir las directrices que la marcaban... Estabas enamorado de ella.

—Voy a admitirlo.

—Y Judy, más tarde, se casó con Britton, otra persona a la que odiabas. Eso es lo que pasó contigo. Los odiabas a los dos. A Judy por plantarte y a Britton porque, de una manera u otra, tenías que escribirle sus guiones con arreglo a sus deseos. ¡Qué dos grandes fracasos se reunieron en tu tortuoso cerebro!

—¿Ya terminaste?

—Sí.

—Pues conviértete en humo.

—No, no me voy a convertir en humo hasta que hayas contestado a unas preguntas.

—¡No contestaré a ninguna pregunta!

—Lo harás, aunque tenga que partirte el cuello.

—Maldito, yo no soy un boxeador.

—Anda, llora un poco para que la rubia platino te preste su

pañuelo.

Miré a Doris, la cual estaba en el diván, escuchando nuestra conversación. Pero no dijo nada.

—Suelta las preguntas cuanto antes —dijo al fin James.

—¿Qué hiciste entre las cinco y las seis de esta tarde?

—Estuve aquí.

—¿Con quién?

—Solo.

—¿No te visitó nadie?

—No.

—¿Alguna llamada?

—No.

—¿Y qué hacías aquí tú solo?

—Trabajar.

—¿En qué trabajabas?

—En el guion que debía terminar para Britton antes de dos semanas.

—¿Cómo se titula ese guion?

—Solo es un título provisional. *Una noche de amor en la playa*.

—¿Quién iba a dirigir ese guion?

—Lou Connors.

—¿Quién te dijo eso?

—Britton.

—¿Y por qué no Harry Walker?

—Porque Britton pensó que el guion que estoy escribiendo no le iba bien a Walker.

—He estado hablando con Walker y me ha dicho que Britton todavía no se había decidido por el director.

—Eso es mentira. Britton ya se había decidido por Leu Connors.

—¿Había firmado el contrato con Connors?

—No, pero lo iba a firmar de un momento a otro.

—Comprobaré todo lo que has dicho.

—¿Es que no me crees?

—Todo lo tuyo es tan repugnante que no te puedo creer una sola palabra. Ha muerto Britton, tu patrón, y armas una fiesta para celebrarlo. ¿Cómo llamas tú a eso, intelectual?

—Acción de gracias.

—Y Judy es la asesina y, si las cosas marchan mal para ella, la pueden meter en la cámara de gas.

—Ella fue quién mató y no yo.

—Todavía no estoy seguro de que no hayas sido tú.

Se echó a reír.

—Servirías como guionista, Kenton.

—Pero si tú fuiste el criminal, te juro que el que tragará el gas serás tú.

—¡Largo de aquí!

—Me voy, pero nos volveremos a ver.

—No lo intentes.

—Me verás de nuevo, bastardo.

Hice un saludo a la rubia platino y salí de allí.

La pelirroja se colgó de mi cuello como si me hubiese estado esperando.

—Amor mío, cuánto tiempo sin verte —dijo.

Solo habían pasado unos minutos, pero me besó como si hubiesen pasado años y me hubiese jurado amor eterno.

—Helen, tengo que marcharme.

—Oh, no, amor mío. No me puedes dejar sola con estos animales.

—Yo no te metí en la jungla.

Le di un besito en la nariz y me alejé de ella.

—Eres un idiota —dijo.

Cuando llegué a la puerta, giré y vi que Helen ya estaba besando a otro tipo. Y después del beso ella le dijo:

—Querido, ¿por qué tardaste tanto?

Me han dicho muchas cosas acerca de la gente del cine, pero la realidad superaba a todos los relatos.

Salí de allí y el aire de la calle me hizo mucho bien. Lo tragué a bocanadas por si me había contaminado en el apartamento de aquel bastardo llamado James London.

El guionista podía ser el asesino. ¿Qué tenía contra él? Que odiaba a Judy y a Britton. Y por lo que estaba yo investigando, las personas que odiaban a ambos se podían contar por docenas, o quizá por centenares.

En vista de eso, me fui a dormir.

CAPÍTULO X

Entré en mi oficina con dolor de cabeza.

—Una aspirina, Peggy.

—¿Qué mujer te lo produjo?

—No fue ninguna mujer.

—Eso no me lo creeré ni aunque me lo jures.

—¿Por qué vosotras siempre estáis pensando en lo mismo?

—Porque contigo casi siempre se acierta.

Tragué la aspirina con un poco de agua.

—Está bien, jefe —dijo Peggy—. Lárgame tus secretos.

Le conté mi visita a Walker y a James Landon.

—Qué par de cerdos —comentó Peggy después que hubo escuchado.

—Así es el cine por dentro, nena.

—Pues que no me busquen para estrella.

—Eso es lo que dicen todas pero, cuando llega ti momento, están dispuestas a lo que sea con tal de verse en la pantalla.

—No me compares con las demás o te aumento ti dolor de cabeza con un porrazo.

—Ten compasión de mí, Peggy, y deja de darme la lata.

—De acuerdo, hablemos solo del crimen. ¿Cuál va a ser tu siguiente paso, jefe?

—Si lo supiese, no estaría aquí.

Peggy paseó por mi despacho de una pared a otra, pellizcándose la barbilla, pensativa.

—Nada. No se me ocurre nada —dijo.

—A mí tampoco. ¿Has comprado la Prensa?

—Sí, y viene buena. Todos en contra de Judy.

—Los diarios han visto una oportunidad de aumentar la circulación echando mano al sensacionalismo. No se les puede recriminar.

Fue a su despacho y trajo tres ejemplares de otros tantos diarios.

La muerte de Richard Britton ocupaba la primera página. Había muchas fotografías de la víctima, pero había más de la famosa estrella Judy Welles, que se había convertido en una asesina.

Destacaba la originalidad de uno de los pies. Juey aparecía en su papel de Cleopatra, en el momento en que el áspid, la pequeña serpiente, la iba a morder el seno. Debajo de la fotografía, con letras muy grandes, se leía: “¡Qué hermosa eres, muerte!”

Sí, había sido una gran muerte en el cinema cuando interpretó aquel papel, y también iba a ser una muerte hermosa para ella cuando la metiesen en la cámara de gas. Un periodista sugería que dejaran introducir las cámaras cinematográficas para filmar las últimas escenas de la vida de Judy Welles respirando el cianuro. Hay tipos venenosos.

Me cansé de leer aquella basura.

—Voy a beber un trago en el bar de Joe, Peggy.

—¿Y si preguntan por ti?

—Estoy tomando un baño turco.

Me fui al bar de Joe.

El viejo Rock Martin estaba en el mostrador.

—Hola, Rock.

—¿Cómo estás, muchacho?

—Muy mal desde que mil diablos entraron en mi cabeza. Me están pegando con sus martillos.

—Te pasará enseguida si tomas una taza de café.

—Quiero *whisky*.

—Eh, muchacho, es lo que hacían ciertos amigos míos que acabaron mal.

Eso me hizo recordar a Buster Temple. También él había acabado mal por el *whisky* o por la ginebra.

—¿Conociste a Buster Temple, Rock?

—Claro que lo conocí. Trabajamos juntos en varias películas.

—¿Qué tal tipo era?

—De lo mejor. Pasó una crisis, pero me alegro que ya haya terminado.

—¿Qué quieres decir con que haya terminado?

—Pues que ya no bebe.

Cogí la cabeza de Rock y la besé en la frente.

—Eh, Ray, ¿por qué haces eso?

—Rock, acabas de decir que Buster Temple dejó de beber.

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me lo dijo él, y debe ser verdad porque le invité a un trago y no aceptó. Esa es la mejor prueba. Si uno es alcohólico, no deja perder una invitación.

—¿Cuándo hablaste con él?

—Espera que lo recuerde.

—Date prisa.

—Eh, muchacho. No me atosigues. Cada cosa a su tiempo... Anteayer estuve en San Bernardino...

—¿Fue allí?

—No, no fue en San Bernardino, pero estoy seguro de que fue anteayer.

—¿Qué hiciste en San Bernardino?

—Fui a ver a mi cuñado. Quise sacarle un poco de dinero. Yo le ayudé cuando él estaba en la mala... Pero no me sirvió.

Saqué un puñado de billetes. Veinticinco dólares.

—Toma, Rock, para ti.

—No me hacen falta para refrescar mi memoria.

—Te los estás ganando y no se trata de una limosna.

—Es demasiado, Ray.

—Acéptalos y trata de recordar.

Cogió los billetes y los guardó en el bolsillo. Otra vez se quedó pensativo.

—Oh, sí, fue aquí, Ray, en Los Ángeles. A mi regreso de San Bernardino fui a los Billares de Orson Segal... Y Buster Temple estaba allí.

—¿Con quién?

—Con otro tipo. No me lo presentó. Jugaban al billar.

—¿Te dio su dirección?

—No.

—¿De qué hablasteis?

—Solo hablamos un par de minutos. Yo iba en busca de un tipo y le dije a Buster que nos veríamos luego. Pero, cuando pasé por aquella mesa poco después, Buster y su amigo se habían marchado. Bueno, al verle, lo invité a un trago pero no lo quiso, como ya te dije entes.

—Rock, tú le hablaste a Britton de mí.

—Sí.

—¿Cómo pasó eso?

—Pobre Britton. Pensar que está muerto...

—Sí, Rock, está muerto, pero él me contrató antes para hacer una investigación. Habrás leído los periódicos. Su mujer había sido amenazada de muerte, pero Britton me contrató porque tú me recomendaste. Anda, dime, ¿qué fue lo que te contó Britton?

Hizo otro esfuerzo para recordar.

Eso era el defecto de Rock Martin. Olvidaba las cosas rápidamente y luego tenía que hacer un esfuerzo de infiernos para recordar.

—Eso fue ayer —me contestó al fin—. Fui a los estudios por la mañana, ya sabes, a ver a algunos de los muchachos. Bueno, yo los llamo muchachos, pero son de mi edad. Actores que ocupan cargos sin importancia, barren las oficinas o cuidan algunas cosas de los estudios.

—Sí, Rock, ¿cuándo viste a Britton?

—Allí mismo. Me vio por uno de los corredores y me llamó.

Fuimos a su oficina y entonces me dijo: “Oye, Rock, necesito un investigador privado, alguien que sea discreto y al mismo tiempo inteligente”. Entonces yo le di tu nombre. Fui rápido. No vayas a creer Palabra que enseguida me acordé de ti.

—¿Y qué pasó después?

—Nada más.

—¿Dónde están los Billares de Orson Segal?

—En Laurel Caynon. No sé el número, pero debe ser el ochocientos, aproximadamente.

—Gracias, Rock.

—Oye, te he metido en un lío con eso de haberte recomendado a Britton.

—Sí, Rock, me metiste en un lío, pero es de los que me gustan.

Pagué los *whiskys* y salí de allí.

Poco después entraba en los salones Segal de Laurel Caynon. Yo recordaba a Buster Temple. Le había Visto en algunos telefilms donde había actuado como actor invitado, lo último que había hecho antes de acabar con los productores. Recordaba que era un tipo de unos cincuenta años, de rostro bien parecido, nariz griega y boca de labios sensuales.

No lo vi por las mesas y me acerqué a un empleado.

—Busco a Buster Temple.

Antes de que me contestase le enseñé un billete de a cinco dólares.

Me quitó el billete y lo hizo desaparecer en su bolsillo con un pase mágico.

—Se hospeda en el hotel Riviera.

—¿Dónde está el hotel?

—En esta misma calle, cuatro manzanas más arriba.

Le di las gracias y me marché.

Yo no habría recomendado el hotel Riviera a un amigo. El nombre era demasiado brillante para aquel viejo edificio. Pero más viejo parecía el hombre que estaba en el registro. Podía tener entre setenta y cien años, daba lo mismo. Era un tipo en ruinas, con la nariz doblada y unos ojos pequeñajos, rodeados de arrugas por todas partes, menos por las cejas.

—¿Buster Temple?

—¿Quién lo busca?

—Ray Kenton.

—¿Para qué?

Un detective tiene que hacer muchas inversiones a lo largo de su trabajo. Exhibí la mejor credencial, ya saben, un billete de a cinco dólares.

El viejo pareció rejuvenecerse porque pegó un zarpazo y me arrebató el billete. Hermano, ¿quién dice que el dinero no lo es todo?

—Habitación 9.

Subí por una escalera y cuando me apoyé en la barandilla creí que me la cargaba porque gimió como para desencuadrarse.

Llamé en la habitación número 9.

Me abrió Buster Temple. Era inconfundible, aunque los años no habían pasado en vano. Su bello rostro ya estaba ajado.

—¿Sí? —dijo.

—Soy Ray Kenton, señor Temple. Quiero hablar con usted.

—¿Quién lo envía?

—Soy de la redacción del *Cinema de hoy*.

—Oh, sí, conozco su revistilla —dijo en tono despectivo—. Puede pasar.

Entré en la habitación.

Las paredes necesitaban un buen empapelado porque el que fue puesto un siglo atrás se caía a jirones.

—Estoy provisionalmente aquí —dijo Temple para explicar su miseria.

Me ofreció un sillón. Estaba tan sucio que pensé que si me sentaba allí, iba a contraer unas cuantas enfermedades, como media docena.

—Celebro que haya venido, señor Kenton. Ustedes no son justos con los artistas del pasado.

—Lo siento.

—Hace unos meses publicaron un trabajo sobre mí época y llevaron su osadía hasta el extremo de decir que yo no era un actor, sino un muñeco.

—Lo siento otra vez.

—Espero que ahora rectifiquen.

—No habrá rectificación.

—¿Eh?

—Soy investigador privado.

—No le entiendo.

—Le dije que pertenecía a la redacción de esta revista cinematográfica para que me dejase entrar.

Su rostro adquirió la dureza del granito. Y de pronto soltó la carcajada.

—Es usted muy listo, señor Kenton.

—Gracias.

—Pero lo voy a sacar de aquí a puntapiés si no se marcha ahora mismo. ¿Lo entiende? ¡Salga inmediata mente o lo echo yo!

CAPÍTULO XI

—No intente echarme, señor Temple —le contestó al viejo actor—. Y lamentaría tener que hacerle daño porque soy más fuerte que usted.

Dejó correr unos segundos midiéndome con la mirada, como si sopesase qué cantidad de músculos había bajo mi vestimenta. Por último respiró profundamente y dijo:

—Supongo que estará investigando la muerte de Richard Britton.

—Sí.

—Según he oído en la Prensa, Judy es la culpable.

—No lo es.

—Creí que las cosas estaban muy claras.

—No lo están.

—Pero la vieron a ella minutos antes...

—No era ella, Temple... Fue una doble.

Arrugó el ceño.

—¿Una doble dice?

—Sí, señor Temple. Usted es actor, y sabe que eso se puede hacer, y hoy más que nunca, debido, a las máscaras de plástico, a la perfección del maquillaje y a las pelucas que se pueden comprar en muchos sitios...

Se pasó una mano por la cabeza.

—Es increíble.

—Sin embargo, es la verdad.

—Pero ¿quién pudo hacer eso contra Judy?

—Alguien que la odiaba mucho.

Se me quedó mirando fijamente a los ojos. Sus labios sensuales, que habían besado a las mejores actrices de su época se curvaron en un gesto desagradable.

—Entiendo, por eso está usted aquí. Piensa que yo odio a Judy.

—Sí.

—Y la odio lo bastante para haber contratado a una doble.

—No hacía falta que usted hubiese contratado a nadie, señor Temple. Vi hace diez años una película suya en la que, en un momento determinado, se disfrazaba de mujer. Era perfecto como dama distinguida.

—Cuidado con lo que dice, señor Kenton. Soy un hombre, ¿lo entiende? ¡Un hombre!

—No lo estaba insultando, señor Temple. Solo estoy resaltando sus

magníficas cualidades como actor.

—Pero me está incriminando.

—Sí.

Se fue hacia la cama. Luego se volvió violentamente y me apuntó con el dedo.

—No fui yo. No tengo nada que ver con eso. Déjame en paz.

—Usted odiaba a Judy y apuesto a que la sigue odiando.

Se estaba poniendo muy nervioso por momentos. Yo necesitaba que estallase. A muchos culpables se les caza así. Por eso no dejé que hablase él. No podía permitir que me interrumpiese.

—Sé lo que le pasa, Temple. Usted acusó a su mujer de todo lo peor, de su fracaso en su carrera artística. Eso le llevó a beber y a beber. Y también consideró a Judy culpable de que usted se precipitase en el alcoholismo.

—Maldito sea.

—Ande, niéguelo.

—No lo voy a negar. Es la verdad. Arruinó mi carrera.

—¿Por qué lo iba a arruinar ella? Usted estaba en la cumbre y Judy apenas era una principiante.

—Pero me puso una bomba bajo los pies, la hizo explotar y yo salté en el aire en pedazos.

—Déjese de frases. No está rodando la historia de su vida.

Se lanzó sobre mí con los ojos desorbitados. Parecía loco. Lo frené pegándole un puñetazo en el plexo solar. Eso fue bastante para que se tambalease y quedase sentado en la cama. Luego le ayudé un poco a reaccionar pegándole una bofetada en la cara. Me repugnaba pegar a aquel hombre, pero yo estaba haciendo un trabajo importante y, si no tenía éxito, una inocente iría a parar a la cámara de gas.

—Muy bien, señor Kenton... Usted no lo puede creer, pero yo estaba enamorado de Judy. La quería locamente. Y ella era... una coqueta. Una mujer llena de ambición.

—¿Le fue infiel alguna vez?

—No lo sé.

—Entonces, ¿por qué la empezó a odiar?

—Yo no tenía pruebas de su infidelidad, pero pensaba que me traicionaba con unos y con otros... La quería demasiado. Esa fue mi falta.

—Comprendo lo que pasaba por su mente. Temía perderla y por eso se dedicó a la bebida. No puede hacer culpable a Judy de su vicio. Admito que una actriz puede ser ambiciosa, es lo lógico. Dígame, ¿qué actriz ha conocido que no pretenda ser una estrella de primera magnitud?

—Me fui hundiendo. Cada vez más...

—¿Y qué le decía Judy?

—Trataba de apartarme de la bebida. Yo le hacía promesas, pero no las cumplía... Y yo la odié. La odié porque Judy era cada vez más importante para los productores y para el público. Su popularidad aumentaba a medida que la mía disminuía. En muy poco tiempo fui apartado de las cabeceras. Judy acaparaba la atención de los estudios, de las revistas de cine, de los semanarios, de toda la Prensa del país... Y mi fracaso lo ahogaba con el *whisky*. Sí, señor Kenton, llegó un momento en que el *whisky* fue mi único amigo...

—Celos artísticos y amorosos...

—¿Eh?

—Estaba repitiendo las palabras, de Judy. Y usted las acaba de confirmar.

—Es cierto.

—Y la odió por eso.

—La odié más que a nadie en el mundo.

—Y la siguió odiando. Y juró vengarse. Y por eso vino aquí ahora.

—No.

—Se apartó del alcohol para llevar a cabo su venganza.

—Se equivoca.

—Usted consideró que lo único que valía la pena para dejar el *whisky* era su venganza. Judy se las iba a pagar de una vez por todas. Mataría a Britton, y convertiría a Judy en la culpable del crimen.

—¡No!... ¡Mil veces no!... Le juro que no tengo nada que ver con eso.

—¿Qué hizo ayer entre las cuatro y las seis?

—Estuve aquí.

—Ya imaginé que contestaría eso y también que estaba a solas.

En aquel momento la puerta se abrió y una voz femenina dijo:

—Estuvo conmigo.

Vi la mujer que había entrado en la habitación. Tenía unos treinta años, un bello rostro y los ojos azules.

Cerró la puerta a sus espaldas.

—Ceje ya de atormentar a Buster.

—¿Quién es ella, señor Temple?

Buster no contestó. Lo hice por él.

—¿Quizá la asesina, señor Temple? ¿La mujer que usted envió a la residencia de los Britton para sustituir a Judy? Es de su misma talla, y probablemente dará su mismo peso. Solo tuvo que ponerse la máscara de plástico y la peluca.

Buster Temple gritó con todas las fuerzas de sus pulmones.

—¡No! ¡Solo dice tonterías! ¡Ella es Patricia Harris y nos vamos a casar!

—Entiendo, el matrimonio es el precio del crimen.

—¿Quién es ahora el melodramático, señor Kenton?

La mujer de los ojos azules gritó:

—¡Lárguese y deje de atormentarnos!

—No puedo marcharme hasta aclarar el crimen de Richard Britton.

—No tenemos nada que ver con eso.

—Y yo creo que sí.

Buster se puso en pie.

—Oiga, señor Kenton. Encontré a Patricia hace seis meses. Yo estaba en El Paso, convertido como siempre en un pingajo. Ella es escritora. Trabaja para una editorial... Fue a El Paso para escribir un libro sobre mí. Bueno, no se trata solamente de mí, sino de la época del cine en que yo viví... Me había estado buscando durante bastante tiempo, hasta que me encontró en una cantina mexicana. Me ofreció una precio a cambio de mis memorias. Yo acepté porque necesitaba dinero para seguir comprando *whisky* o tequila. Y Patricia empezó su trabajo, y poco a poco, entre nosotros empezó a nacer algo. Esa mujer, con mucha paciencia y con amor, sí, señor Kenton, con amor, me fue convenciendo de mis errores. De pronto ella había aparecido en mi vida y, con su cariño, me hizo ver que no todo había terminado para mí. Que podía haber esperanza para mi futuro. Todo eso le debo a Patricia Harris. Dejé de beber. Me costó mucho trabajo. Y no me encerré en una clínica, no, señor Kenton, Patricia y yo nos registramos en un motel, y allí pasé todo mi calvario, y usted no sabe qué clase de sufrimientos tiene que pasar un alcohólico para dejar la bebida, y tampoco conoce los otros sufrimientos, los de la persona que acompaña a un alcohólico y está decidida a ayudarle. Los dos juntos, siempre juntos, pasamos la difícil prueba. Patricia terminó su libro. Lo va a publicar dentro de dos meses y sus editores pronostican un gran éxito. Será un *best seller*... Yo quizá vuelva a los estudios. Con el éxito del libro querrán contratarme otra vez. Y por eso vinimos a Los Ángeles, para estar cerca de Hollywood. A Patricia le van a conceder un adelanto sobre los ingresos del libro y nos casaremos. Ahí lo tiene todo explicado, señor Kenton. Esa es la historia de la segunda parte de mi vida. Resulta trágico que el nombre de Judy siga jugando en mi destino. La odié mucho, señor Kenton, la odié mucho, es cierto, pero ahora no la odio porque Patricia me enseñó a perdonar y a olvidar.

Hubo un silencio tras las palabras de Buster Temple. Yo estaba seguro de que él había hablado con la mayor sinceridad. No, no había actuado. Pero me hizo recordar al buen actor que fue, al hombre que

cuando hablaba tenía pendiente al público de sus labios y de su voz, que matizaba las palabras, dando a cada una el tono preciso para emocionar y conmover.

Yo nada tenía que hacer allí. Me dirigí hacia la puerta y me detuve ante Patricia Harris.

Sus ojos se encontraron con los míos.

—Les deseo mucha suerte —dije.

—Gracias —me contestó Patricia Harris.

Luego salí de allí.

Di vueltas en el coche mientras fumaba un cigarrillo.

¿Cuál era mi siguiente paso? Estaba metido en el pantano. Hasta el cuello. Todo resultaba un fracaso. Me estrellaba una y otra vez ante el muro que se alzaba ante mí.

Si las cosas seguían marchando así, yo no iba a librar a Judy del gas de cianuro.

CAPÍTULO XII

—Hola, Tom —dije.

El pintor me invitó con la mano a que pasase. Me preguntó si quería *whisky* y le dije que sí. Escancié en dos vasos. Después de beber me preguntó:

—¿Cómo van las cosas?

—Mal.

—¿No descubriste nada?

—Sí, descubrí muchas cosas, pero ninguna favorece a Judy.

—¿Con quién hablaste?

—Con Harry Walker.

—Ese director es un canalla.

—¿Por qué?

—Es un tipo que traiciona sus propias ideas. Le gusta tanto el triunfo, el éxito, que no le importa la historia que filma, aunque vaya centra sus propios sentimientos.

—Eres muy duro con él, Tom.

—Judy me contó cosas de Harry Walker. Política mente, ha estado siempre en el bando de los vencedores. ¿Recuerdas la época de la caza de las brujas?

—Sí, ¿quién no recuerda al senador McCarthy?

—Harry Walker fue uno de los que le besaron los pies y rechazó todas sus ideas anteriores. No tuvo la gallardía de otros, que prefirieron salir del país y viajar a Europa, o cualquier otra parte.

—Eso no lo convierte en el asesino de Britton.

—¿Lo vas a defender?

—No en el sentido que tú crees. Yo también aborrezco a los tipos como Harry Walker, que solo son oportunistas. Pero él no mató a Britton.

—¿Cómo lo sabes?

—Comprobé su coartada.

—¿Cuál fue?

—Estuvo en el cine Odeón. Fui allí y hablé con dos empleados que recuerdan haberlo visto entrar hacia las cuatro y salir poco más de las siete.

—¿James Landon?

—También hablé con él. Estaba celebrando una fiesta por la muerte de Britton.

—¿Eso hacía el muy puerco?

—Sí, y en la fiesta participaban muchas personas. Todas debían odiar mucho a Britton.

—Entonces Landon pudo matarlo, o hacerlo en su nombre una mujer que ocupó el lugar de Judy.

—No, Tom.

—¿Por qué no?

—James Landon es un cobarde.

—Por eso se valió de una mujer.

—No, un cobarde como Landon no se atrevería a cometer un crimen, ni siquiera con la ayuda de media docena de personas. Le pegué un golpe y le hice sangre. Perdió todo su coraje.

—¿Qué tiene que ver eso?

—Mucho, forma parte de la sicología.

—¿Qué tiene que ver la sicología con la muerte de Britton?

—La sicología tiene que ver con todos los crímenes que se cometen. Un asesino es un ser humano a estudiar.

—No me hables ahora de motivaciones. Britton era odiado. Esa es la sicología que yo entiendo. Lo odiaba Harry Walker, lo odiaba James Landon...

—Lo odiabas tú.

Mi interrupción lo hizo callar.

Se pasó la lengua por los labios.

—De acuerdo, yo lo odiaba también.

—Y por lo tanto, pudiste matarlo porque, según mis conocimientos de sicología, estabas preparado para ello.

—¿Y cómo lo hice? ¿Obligando a Judy a que regresase a la casa?

—No, a ella, no.

—¿A quién entonces?

—A la doble.

—Tonterías.

—Tuviste más oportunidad que nadie porque tú recibías a Judy y sabías cuándo no estaba en su casa.

Se echó a reír.

—Imagino que no estarás hablando en serio, ¿eh, Kenton?

—Hablemos de Judy y de ti.

—¿Qué cosa quieres saber? ¿Qué la quiero? Sí, la quiero, y ella me quiere a mí.

—¿Y cuándo os ibais a casar?

No contestó. Se fue a por más *whisky*.

—He preguntado que cuándo os ibais a casar.

—¡Nunca! —gritó volviéndose.

—¿Por qué, si os amabais tanto?

—Ella no quería divorciarse de Britton. Significaba mucho en su carrera artística. Yo le decía a Judy que se equivocaba. Que era muy grande como actriz y que no necesitaba a Britton, pero Judy me contradecía. Con Britton haría las grandes películas que había soñado siempre.

—Entonces tenías más motivos que nadie para desear la muerte de Britton. Solo enviudando te podrías casar con ella.

—Vaya, ya has encontrado al sospechoso perfecto.

—Prueba que estoy equivocado.

—No puedo probar nada. Estuve aquí con Judy, y Judy no salió.

—¿Y la otra mujer?

—Oh, sí, la doble.

—Háblame de ella.

—¿Sabes lo que tú eres? Un imbécil. No conozco a ninguna doble, ¿lo entiendes? ¡No tuve nada que ver con el crimen!

—Pudiste convencer a Betty Perkins.

—Pero ¿qué dices?

—Está enamorada de ti.

—Eso ocurrió hace mucho tiempo.

—Sigue enamorada.

—¿Y qué?

—Pudiste valerte de ella engañándola porque tú no te ibas a casar con Betty Perkins...

Rio otra vez.

—Es la historia más tonta que he oído en mi vida.

No conoces a Betty. Quizá ella habría llegado a matar, pero con la condición de convertirse en mi esposa.

—He dicho que pudiste engañarla.

—Betty no es tonta. Nunca habría creído que yo necesitaba matar a Britton para culpar a Judy del crimen. ¿Qué ganaba yo con eso?... Anda, dímelo, sabelotodo. ¿Qué ganaba yo con eso?

No tenía respuesta. Me levanté con el vaso de *whisky* en la mano y observé los cuadros de Tom Grey que estaban en la pared.

Tom bebió un nuevo trago y vino a mi lado.

—Yo sé quién es el asesino, Kenton.

—¿Quién?

—Buster Temple, el primer esposo de Judy. Búscala y habrás hallado al hombre que mató a Britton.

—Ya lo hallé.

—¿Cómo?

—Estuve hablando con él, en Los Ángeles.

—Maldita sea, ¿por qué no lo entregaste a la policía?

—Porque es inocente.

—Ese alcohólico amasó odio contra Judy y por fin reunió todo su coraje para vengarse de ella.

—No.

—¿Por qué no?

—Ya no es un alcohólico.

—Con que te convenció de que se ha convertido en un tipo decente.

—Lo es.

Le conté la historia de Buster Temple y Patricia Harris.

Cuando hube terminado, Tom se dejó caer en un sillón.

—Entonces no queda nadie... Tus investigaciones solo demuestran una cosa. Que Judy es la asesina. Y eso no lo puedo creer. Porque estuvo aquí... ¡Estuvo conmigo todo el rato, Kenton!

—Me queda alguien.

—¿Quién?

—Betty Perkins.

—¿No hablaste con ella?

—Sí, hablé con ella, pero antes del crimen. Intenté verla esta tarde, pero estaba pasando un desfile en un hotel. Ya debe haber regresado a su apartamento y es donde yo quiero pillarla.

Me despedí de Tom y fui a la dirección de Betty Perkins. Vivía en un edificio moderno.

Cuando se abrió, quiso cerrar la puerta, pero se lo impedí.

—No quiero hablar contigo —dijo.

—Es necesario, Betty.

Entré y cerré.

Betty se cubría con un vestido muy bonito, con muchas flores.

—Betty, no mataron a Judy como tú querías, sino a Britton.

—Ya estoy enterada.

—Pero Judy será ejecutada en la prisión y tú habrás conseguido lo que deseabas.

—Ella se lo buscó.

—Sí, estaría conforme, si ella hubiese matado a Britton.

—¿Supones que no lo hizo?

—No, no lo hizo.

—Claro, estás pagado por ella.

—No, había sido pagado por su marido.

—¿Qué más da?

—Está bien, Betty. Voy a aceptar eso.

—Ahora, lárgate.

—Admitiste que deseabas la muerte de Judy.

—Sí, pero no la de Britton.

—Pudiste planearla todo para que Judy cargase con el crimen.

—No soy tan retorcida. Si yo hubiese planeado la muerte de Judy habría dejado fuera a Britton. La hubiese matado a ella directamente, sin esperar a que la ejecutasen. ¿Por qué correr un riesgo? ¿Por qué armar un plan tan complicado?

—Quizá porque tienes un cerebro tortuoso y querías gozar minuto a minuto el tiempo que Judy pasará en la prisión hasta que la metan en la cámara de gas.

—Tú puedes pensar lo que quieras pero no lo hice yo.

Ya estaba seguro de que ella no lo había hecho y me despedí.

CAPÍTULO XIII

Maureen me recibió con una sonrisa.

—Hola, peregrino.

—¿Cómo estás, Maureen?

—La mar de aburrida. Justamente pensaba en ti.

Entré y me echó los brazos al cuello.

Nos besamos.

—¿Tienes cena, Maureen?

—Sí.

—¿Qué clase de cena?

—Filetes de a cuatro dedos.

—Me gustan poco hechos.

—Te los haré como tú quieras, a condición de que prepares los *martinis*.

—Trato hecho.

Se fue a la cocina y yo actué de *barman*. Luego me reuní con ella y le di uno de los vasos.

—¿Qué tal ha ido tu trabajo, Ray?

—Desastroso.

—Entonces no has encontrado un culpable.

—No. Y eso solo demuestra una cosa.

—¿El qué?

—Que Judy mató a su marido.

—Yo nunca lo dudé.

—Pero fue una lástima que no estuvieses allá abajo cuando ella llegó. La hubieses podido ver cuando salió para regresar a su casa y cometer el crimen. Y también la habrías visto volver.

—Si llego a saber que se iba a producir el crimen, me habría quedado solo por darte satisfacción.

Me besó con los labios entreabiertos.

—Cuidado, no quiero que se ase demasiado la carne —dije.

Sacó los filetes.

—¿Te gusta un caldo o una sopa?

—Sopa.

—La tengo de seis clases.

—Me da lo mismo.

Preparó la sopa.

—Me da lástima Tom Grey —dije—. Estaba enamorado realmente

de Judy Welles.

—Ya se le pasará. El tiempo lo cura todo.

—¿Te curó a ti, Maureen?

—¿A mí?

Le sonreí.

—Quiero decir que quizá tuviste un descalabro amoroso en algún momento de tu vida.

—Oh, no, ninguno.

—Pues tuviste suerte. Yo lo tuve.

—¿Cuándo?

—Me enamoré de mi profesora y ella me traicionó casándose con otro.

—¿Qué edad tenías tú entonces, Ray?

—Doce años.

—Pobrecito mío, cuánto debiste sufrir.

Me besó otra vez.

Luego preparó la mesa y nos pusimos a comer.

—¿Mostaza para la carne? —preguntó.

—No, me gusta sin mostaza.

Corté un trozo de la jugosa carne y mientras la masticaba dije:

—¿Cuándo te enamoraste de Tom Grey?

—¿Cómo dices?

Ella iba a cortar la carne y se había interrumpido.

Tragué el bocado y dije:

—Estabas enamorada ya de Tom Grey cuando viniste aquí. Lo habías conocido antes, en el transcurso de una fiesta. Acabo de hablar con él.

—Fue una tontería. Una cosa pasajera. No se puede hablar de enamoramiento.

—Sí, recuerdo que dijiste que él no era tu tipo.

—Ahí lo tienes.

—Pero tú insististe. Le visitaste en su apartamento y una noche...

—Yo estaba ebria. Tom debió decírtelo también.

—Los dos habíais bebido.

—Lo olvidé al día siguiente.

—¿Estás segura?

—Claro.

Corté otro trozo de carne.

—Tú lo mataste, Maureen.

No quise verla. Tenía mis ojos fijos en el plato. Estaba esperando su reacción.

Pero no decía nada y por fin la miré. Su rostro estaba pálido.

—No he oído nada, Ray.

—Te lo repetiré. Tú lo mataste.

—¿Qué clase de broma es la tuya?

—No es ninguna broma. Te estoy diciendo lo que realmente pasó. Querías a Tom Grey. Te habías enamorado de él. Lo querías para ti y no pudiste resistir la idea de verlo en brazos de otra mujer.

—Oye, te he invitado a cenar pensando en que íbamos a divertirnos juntos. Ya basta, Ray. No quiero que continúes con esa estupidez.

—Lo tenías todo planeado. Primero los anónimos. Tú se los mandaste a Judy.

—¿Para qué iba a hacer eso?

—Pasó por tu mente la idea de matarla... Pero necesitabas avisárselo. Pero fallaste con el auto. Y luego complicaste las cosas. Eres una chica con una inteligencia muy aguda. Me di cuenta desde el primer momento.

—Siempre lo he sido.

—Pero ahora eres una enferma.

—¡No digas eso!

—Toda persona que mata es una enferma. Y sí tú mataste es porque tu cerebro no está bien.

Se levantó de un salto.

—¡Maldito, no estoy loca!

—Tranquilízate.

—Solo me voy a tranquilizar cuando te haya perdido de vista. Anda, lárgate, pero hazme un favor. ¡No vuelvas! ¿Lo oyes bien? ¡No vuelvas más por aquí!

Me limpié la boca con la servilleta.

Pero continué sentado.

—¿Es que no me has oído? —dijo ella.

Blandió el cuchillo.

—Cuidado, nena, deja eso.

Sus senos se agitaban y su respiración se había hecho entrecortada.

Y no se estuvo quieta. Empezó a rodear la mesa, siempre con los ojos fijos en mí. Unos ojos cada vez más grandes.

Me tuve que levantar o de lo contrario Maureen Morgan me degollaría.

—Nena, yo soy muy comprensivo.

—Sí, yo lo maté y ahora voy a matar a Judy... Nadie puede probar que yo lo hice. ¡Nadie...!

Retrocedí unos pasos.

—Lo hiciste muy bien, Maureen. Hay que felicitarte.

Eso la tranquilizó porque se detuvo.

Su boca se curvó en un gesto de desprecio.

—Es lo que Judy merece por haberme quitado al hombre que yo amaba.

—Pero Tom Grey no te prometió nada.

—¡No hacía falta que me prometiese nada! ¡Yo lo quería! ¿Lo entiendes? ¡Yo lo quería!

—Judy también lo quería.

—¿Esa mujer? ¿Qué sabe esa mujer lo que es amor? Ha tenido dos maridos, ¿y cuántos, hombres más ha tenido?

—No lo sé.

—Todos los que ella ha querido.

—Sí, Judy es muy hermosa.

—¡No basta con eso! ¡Yo también soy hermosa! Pero Judy tiene algo que yo no tengo. Es: un personaje del cine... Una de las más famosas actrices. La gente se vuelve para mirarla, cuando entra en cualquier lugar, cuando va por la calle, cuando sale de su coche. Los hombres la ven en el cine y la desean... ¡Y, yo no tengo nada de eso!... ¡Ella podía elegir entre todos los hombres!... ¡Tenía miles para elegir! ¡Y yo solo tenía a uno!... ¡A Tom Grey!

—Eso no te daba motivo para matar a Britton.

—Sí, me lo daba. Tenía que matar a Judy. Ocurrió como tú dices. Pensé día y noche en matarla, en acabar con ella de una vez por todas.

—Ni siquiera con eso tenías la seguridad de que Tom Grey volviese a ti. El amor es asunto de dos. De un hombre y de una mujer.

—Yo habría conquistado a Tom, si Judy no se hubiese interpuesto en mi camino... Por eso la quería eliminar. Después de lo del auto pensé en algo mejor. Si lo mataba, ella no sufriría nada. Un balazo y acabaría con su cochina vida. Podía emplear el cuchillo, pero también moriría demasiado pronto. No, yo necesitaba que Judy se diese cuenta de lo que era perder a Tom. Grey, como cuando yo lo perdí. Tenía que pasar noches de insomnio, noches de pesadilla... Y entonces se me ocurrió la más brillante de las ideas.

Sus labios sonrieron.

—Judy era una actriz. Yo demostraría que podía ser tan buena actriz como ella.

Corrió hacia el interior del apartamento. Yo fui tras de ella.

Entró en el dormitorio, abrió un cajón, sacó una máscara y se la puso.

Era el rostro de Judy Welles.

—Hazte cuenta que está adherida —dijo—. Ahora la tengo separada a unas pulgadas.

—Es una buena imitación. ¿Quién la hizo?

—Alex Hunter, pero él no supo para qué. Es un artista maravilloso. Yo le facilité la fotografía de Judy. Fue un trabajo perfecto.

—Sí, lo es.

—Y luego la peluca.

Sacó del cajón la peluca y se la puso, dándole unos toques para que le cayese bien.

Era una mujer enferma, pero continuaba blandiendo el cuchillo.

—Dame eso, Maureen.

—No te lo daré... Tú quieres mandarme a la cámara de gas para ocupar el puesto de Judy.

—Tú no irás a la cámara de gas.

—¿Por qué no?

—Necesitas un tratamiento.

—Sigues diciendo que estoy loca.

—No, no estás loca. Solo sufres una perturbación mental. Tú raciocinas, Maureen. Hace unos años, te habrían considerado como loca, pero la ciencia ha avanzado mucho.

—Me estás engañando. Quieres que te entregue el cuchillo, pero no voy a hacer tal cosa. No, Ray. ¡Te mataré y te llevarás mi secreto!

—¿Y cómo ibas a justificar mi muerte?

Se quedó desconcertada.

Bajó la máscara de Judy y ahora vi su bonito rostro.

—No lo sé. Ya pensaré en algo.

—No, Maureen —dije—. Deja que haga algo por ti.

Alargué la mano para quitarle el cuchillo.

Ella movió el brazo hacia atrás pero no lo impulsó.

Alargué más mi mano y ahora pude quitarle el cuchillo.

Maureen dejó caer la máscara de Judy Welles en el suelo y cerró los ojos.

—Ayúdame, Ray... Ayúdame —dijo y yo no he oído a nadie que hablase con mayor patetismo.

CAPÍTULO XIV

Yo estaba sentado en mi silla, con las piernas extendidas en la mesa.

Tenía un talón en mis manos por diez mil dólares, y estaba firmado por Judy Welles.

Era una bonita firma, pero era más bonita la cifra con los cuatro ceros.

Peggy entró como un ciclón.

—¡Quiero mi dinero!... ¡Mi dinero!

—¿Quién te lo dijo?

—Acabo de leerlo en los diarios —enarboló un periódico por encima de su cabeza—. ¿Por qué no me llamaste? ¿Por qué? Yo te lo diré. Todo lo quieres para ti. Para gastártelo con mujeres, con rubias y pelirrojas ¡Y tu secretaria que se muera!

Me puse en pie y fui hacia ella.

—¿Ya terminaste, Peggy?

—Sí.

Entonces la rodeé con mis brazos y estampé un beso en su boca.

Peggy echó la cabeza atrás.

—¡No me vas a convencer con tu besuqueo!... ¡Suelta la pasta!

La puerta se abrió sin que nadie llamase a Russel, el sargento de la Brigada de Homicidios, entró.

—¿Interrumpo algo?

—¿Es que no tiene ojos en la cara, sargento? —rezongué—. Estamos despachando la correspondencia.

—¿Cuándo va a dejar de decir chistes?

—Usted no puede decir ni uno porque no lo deja la úlcera.

—No me pisotee más, Kenton... Usted ganó.

—No ganaré si el fiscal incrimina a Maureen Morgan por el asesinato.

—Vengo para hablarle de eso.

—Escúpalo, sargento.

—Se va a arreglar todo para que Maureen sea internada en una clínica psiquiátrica.

—¿Lo oyes, Peggy? Hasta ciertos policías se convierten en bondadosos. Gracias, Papá Noel.

—Pensé que le gustaría saberlo. Y por mí, ya pueden continuar despachando la correspondencia.

Dio media vuelta y se marchó.

—¡Mi dinero!... ¡Mi dinero!... —gritó Peggy apenas se hubo cerrado la puerta.

Le di otro beso.

En eso sonó el teléfono.

—Con permiso —le dije.

Cogí el auricular.

—Ray Kenton.

—Soy Tom Grey. Quiero darte las gracias por todo, Ray.

—No hay de qué.

—Y también quiero invitarte a la boda. Judy y yo nos casaremos dentro de unos días.

—Lo siento, pero no iré a esa boda.

—¿Por qué?

—Porque yo también me caso. Felicidades, Tom.

—Lo mismo digo.

Colgué y me puse a silbar.

Peggy estaba como una estatua.

—Jefe, ¿es verdad lo que dijiste por el teléfono?

—Sí.

—¿Te vas a casar?

—Sí.

—¿Y con quién?

Miré el talón.

—Mira, Peggy, teniendo en cuenta la clase de secretaria que tengo y que siempre me está fiscalizando mis ingresos y queriendo limpiarme mi dinero, solo tengo una solución para acabar con tal estado de cosas... ¡Casarme con ella!

Agrandó los ojos, abrió la boca, pero durante unos instantes no pudo decir nada. Y por fin lo dijo:

—¡No te dejaré que te vuelvas atrás!

Y se arrojó sobre mí como una tigresa hambrienta.

Por favor, hermano, no pregunte lo que pasó después.

F I N



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**

escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España